

ALBERTO LATI PRESENTA:

LAS LESIONES

**QUE CAMBIARON LA
HISTORIA DEL FÚTBOL**



Dolo-Neurobión*

Dolo-Neurobión* Retard

Dexabión* DC

Gavindo* N



EL DOLOR EN LA HISTORIA MUNDIALISTA

Por: **Alberto Lati**

Una forma diferente de acercarnos a la historia del torneo más mediático del deporte. No centrándonos, como suele hacerse, en los campeones, las sorpresas, los grandes partidos, las estrellas, las polémicas, los golazos, las estadísticas, sino **en las lesiones y la evolución en sus diversos métodos de tratamiento, diagnóstico, medicina, mecanismos de rehabilitación.**

A través de los relatos que a continuación comienzan, hemos logrado desarrollar una especie de historia del dolor en el fútbol.

Desde los tiempos en los que las selecciones viajaban sin médico y debían buscar en el país sede a algún especialista que se ocupara de los futbolistas lesionados, hasta instantes de mucho mayor sofisticación con todos los protocolos de emergencia fijados y seguidos tanto en el Mundial 2014, con la fractura de vértebra lumbar de Neymar Junior, como en la Premier League, con la fractura de cráneo de Raúl Alonso Jiménez.

En el camino nos hemos topado con circunstancias que a ojos de la actualidad generan profunda extrañeza. Desde los partidos empatados que se repetían apenas un día después, hasta la indicación médica que recomendaba completa inmovilidad por semanas a quien se lastimara de gravedad la rodilla.

Por estas páginas desfilarán algunos de los cracks máximos del fútbol: **Ferenc Puskás, Didí, Pelé, Alfredo Di Stéfano, Franz Beckenbauer, Zico, Marco van Basten, Franco Baresi, Ronaldo Nazario.** Lo mismo, tibias y peronés, ligamentos anteriores cruzados, contracturas, pubalgias, cirugías, desgarres, tendones.

Algunas carreras del todo truncadas por piernas que aparentaban ser de cristal, otras relanzadas gracias a la adaptación del futbolista a otro tipo de cuerpo o ciertas restricciones, unas más rescatadas por el espléndido trabajo de los expertos.

Algunas recuperaciones en tiempo récord, ciertas rehabilitaciones que demoraron por periodos que lucieron eternos. Algunos milagros médicos y otros tratamientos que hoy simplemente lucen incomprensibles, por no decir absurdos o casi esotéricos. Algunas acciones desafortunadas, otras producto de una espeluznante violencia.

Nadie duda que la Copa del Mundo es el sueño máximo de todo futbolista. Sólo así podremos entender el dolor bajo el que estuvieron dispuestos a jugar tantos... y el dolor, no sólo físico, sino emocional, que supuso a algunos como Alberto Onofre en 1970 perderse el torneo, trauma que lo atormentaría hasta la muerte décadas después.

El Mundial y sus más remembradas lesiones, hayan sucedido de camino al torneo o durante el certamen mismo. **Una misión distinta, otro tipo de narrativa, esta vez el balón no es el personaje central, sino el dolor y el antídoto para el mismo.**

LA RODILLA QUE CRUJIÓ CON EL POSTE

 URUGUAY 1930



Habían pasado ocho días desde que se lesionara el más joven integrante de esa selección argentina, futbolista de 20 años llamado **Francisco Antonio Varallo**. Fornido delantero que apenas debutara con el equipo nacional un mes antes de ese, el primer Campeonato Mundial de la historia, y para sorpresa general se ganó la titularidad.

Pancho empezó a sentir ese intenso dolor luego de recibir una férrea barrida hacia el cierre del último partido de la fase de grupos ante Chile, con la Albiceleste 3-1 arriba en el marcador.

En medio de los festejos por culminar la ronda preliminar con manera perfecta (tres victorias en igual número de cotejos, además Varallo anotando a México su primer gol mundialista), el apodado “Cañoncito” prestó poca atención a las punzadas que atenazaban su extremidad. Más preocupado se encontraba por la ilusión de que el gran Carlos Gardel volviera al vestuario argentino, como hiciera en la semana anterior, tras el duelo frente a Francia, con la esperanza de ahora sí atreverse a hablarle y no quedar otra vez congelado a un metro de esa gloria de la música.

A la mañana siguiente de la lesión padecida ante Chile, despertó con la rodilla hinchadísima, pero en su cabeza no entraba la idea de descansar, máxime que la semifinal contra Estados Unidos se aproximaba. Se entrenó con normalidad tratando que el director técnico, Francisco Olázar, no reparara en sus gestos de dolor cada vez que golpeaba el balón o aceleraba rumbo al área.

Sin embargo, por mucho que se esmeró en disimular, resultó inútil.

La condición de Varallo empeoraba conforme avanzaban las noches y, llegada la semifinal, incluso le costaba pisar.

Batallando para ocultar las lágrimas, vivió ese partido desde la tribuna, emocionado al observar a sus compatriotas arrasarse con triunfo 6-1, un tanto desconcertado por no saber si estaba perdiendo el sitio en el once inicial para la final.

Un día después, ni se molestó por preguntar si Uruguay se había impuesto a Yugoslavia. Eso lo daba por hecho, precisamente como aconteció. Argentina dirimiría el título, pelearían por ese nuevo trofeo consistente en una figura de la diosa alada Niké, en una edición más de la enorme rivalidad del Río de la Plata contra los charrúas. Tal como dos años atrás, en el choque por el oro de los Olímpicos de Ámsterdam 1928, cuando igualaron en los primeros noventa minutos y fue necesario un duelo de desempate en el que los uruguayos se coronaron (al término, el ya citado Gardel quiso tocar para los dos planteles en un concierto que, en estricta teoría, los hermanaría; lejos de eso, entre canción y canción comenzó semejante trifulca en la que se rompió hasta el violín con el que el crack argentino Raimundo Orsi acompañaba al Rey del Tango, en medio de la incomprensión de los meseros neerlandeses).

Una jornada antes de la final del Mundial de 1930, con Varallo reiterando que estaba en condiciones de jugar, los veteranos del equipo aseveraron que era imprescindible que lo revisara un especialista, épocas en las que las selecciones viajaban sin médico alguno (con trabajos se juntaban recursos para trasladar a los futbolistas, ni pensar en incorporar a la comitiva a un experto en temas de salud).

Por mucho que buscaron, sólo estuvo disponible para atenderlos el Dr. Juan Campisteguy, hijo y tocayo del entonces presidente de Uruguay, uno de los personajes que más luchó por dar viabilidad a ese torneo. Al palpar esa rodilla izquierda mencionó una palabra que Varallo nunca había escuchado y le sonó a conjuro italiano: meniscos. Lo que sí entendió fue la tajante recomendación del galeno: de ningún modo estaba en condiciones de jugar la final. Los argentinos atribuyeron el diagnóstico a una especie

de guerra sucia, asumiendo que la oscura intención del médico era privarlos de un titular en la final para facilitar la consagración de los anfitriones. A horas del partido, Pancho realizó unas pruebas en un corral vecino a su alojamiento en el pueblo de Santa Lucía, a 60 kilómetros de Montevideo. Conforme corría e impactaba la pelota, lleno de adrenalina por no faltar al juego más importante de su vida, crecía en confianza. Además, al ser casi igual de implacable pateando con una pierna como con la otra, insistió que favorecería el uso de la diestra.

Al acercarse al estadio Centenario, pegado a la ribera del Río de la Plata, descubrió azorado la innumerable cantidad de embarcaciones cruzando desde Buenos Aires para alentar a Argentina y que no se sintiera tan visitante.

Antes del arranque hubo discusión entre las dos selecciones hasta por determinar con qué pelota jugarían, único certamen mundialista en el que no se asignó un balón oficial. Consciente del pesado ambiente e intimidado por la tensión, el árbitro belga John Langenus giró dos indicaciones. Por un lado, zanjó salomónico, el primer tiempo se disputaría con el esférico argentino, el segundo con el uruguayo. Por otro, condicionó pitar la final a que un barco lo esperara listo para zarpar en cuanto silbara la conclusión, no fuera a ser que la Albiceleste se impusiera y la afición sede pretendiera lincharlo.

Argentina se marchó al descanso ganando 2-1, con buen desempeño de Varallo. Iniciada la parte complementaria, Pancho lanzó un obús de zurda, justo la pierna que se suponía que no emplearía para rematar. El disparo estremeció el poste charrúa y a los fanáticos que atestaban las gradas. En la memoria del “Cañoncito” el sonido del rebote en el palo se fusionó con el del crujido en su rodilla izquierda. Los goles uruguayos cayeron en cascada hasta remontar y colocar esa final 4-2, con el joven delantero sufriendo a cada paso. Nada más se mantuvo en el terreno de juego porque no existían las modificaciones y de ninguna forma dejaría a sus compañeros en inferioridad numérica. Su llanto de impotencia por la derrota se mezclaba con el que brotaba por el dolor físico, incrédulo y alarmado al ver el ancho que su rodilla iba tomando.

Tras el Mundial, fue transferido del club Gimnasia y Esgrima de La Plata a Boca Juniors. Con el conjunto xeneize anotaría 194 goles, catapultándose a máximo goleador histórico del equipo. Su récord duró hasta 2009, cuando Martín Palermo lo superó y don Pancho lo atestiguó aplaudiendo, personaje que viviría cien años, el último jugador en morir de cuantos participaron en la primera final mundialista.

Marca de goles que pudo ser mucho más abultada y longeva, sólo que “Cañoncito” **debió retirarse a los 29 años por culpa de esa misma lesión de rodilla que jamás halló el tratamiento indicado**, ni imaginar por entonces la posibilidad de someterse a una cirugía.

JUGAR EN DÍAS SEGUIDOS

ITALIA 1934

Imaginable bajo la óptica del fútbol actual: **21 horas y 30 minutos** después de terminar los exhaustivos tiempos extra de su partido mundialista de cuartos de final, Italia y España volvían a escuchar el silbatazo inicial para disputar un cotejo de desempate luchando por meterse a las semifinales de la Copa del Mundo de 1934.

La definición por conducto de series de penales todavía estaba tan lejos que recién se aprobaría para Alemania Federal 1974 (aunque no sería necesario utilizarla hasta España 1982). En aquellos años treinta el reglamento de la FIFA estipulaba que, de persistir la igualdad, se recurriría a dos tiempos extra de 15 minutos, lo que ya era innovador, vale la pena decir que aún en 1946 en las copas inglesas hubo algún juego con 200 minutos de prórroga.

Si no había ganador tras ese periodo adicional de media hora, se procedía a un nuevo encuentro, algo común en la época.

Sin embargo, el absurdo de ese Mundial de 1934 fue que el desempate se fijara exactamente un día después del choque anterior. Por dar ejemplos, la final de los Olímpicos de Ámsterdam 1928, entre Uruguay y Argentina, se repitió luego de tres días del compromiso que culminara 1-1 (entonces los charrúas se impusieron 2-1); idéntica solución se habría implementado en el Mundial de 1930, sólo que semifinales y final concluyeron con un vencedor en el marcador al cabo de los 90 minutos.

Duelos entre los mismos contrincantes en días consecutivos, suceso que hoy suena mucho a beisbol y un tanto a básquetbol... pero no a fútbol. Se calcula que por esos años un jugador de élite corría por partido entre 3 y 4 kilómetros (en un caso exagerado, asumamos que cerca de 5 km con tiempos extra, tan distinto a los 14 que hoy son costumbre).

Eso lleva a muchos en la actualidad a justificar que el desempate se programara apenas un día después bajo la premisa de que el desgaste era mínimo. No obstante, se olvida que los entrenamientos resultaban muy básicos, ni siquiera con un grado de profesionalización para efectuarse a diario, numerosos jugadores aún alternando el deporte con otra ocupación o puesto laboral. Nos ubicamos en 1934, a décadas de que un preparador físico se integrara a los cuerpos técnicos, ya no pensar en un médico, fisioterapeuta, kinesiólogo o nutriólogo. Una tendencia centroeuropea, encabezada por el Wunderteam o Equipo Maravilla austriaco, dirigido en ese Mundial por el revolucionario Hugo Meisl, incorporó ejercicios de atletismo para elevar el fondo aeróbico del plantel.



También el italiano Vittorio Pozzo fomentó entre sus pupilos una disciplina a proporciones hasta entonces desconocidas (rígido lineamiento que nada más permitía que se saltara Giuseppe Meazza, bohemio viviendo y jugando). Se corría poco y se contaba con la preparación para resistir incluso menos.

Así que, a un día del empate, ahí estaban otra vez italianos y españoles en la misma cancha, la del estadio de Florencia llamado en honor del líder fascista local, Giovanni Berta. Acaso por capricho del destino, su ríspida confrontación tuvo que ser en esa ciudad toscana, sede del antiguo y muy salvaje antepasado del fútbol, el Calcio Fiorentino, porque el duelo de la tarde previa, saldado con un gol por bando, había sido de una violencia inusitada: patadas y codazos sin decoro, golpes con nulo interés por alcanzar el balón.

La armonía proyectada horas antes con el seleccionador azzurro, Vittorio Pozzo, esperando a sus rivales ibéricos al pie del andén para saludarlos conforme descendían del tren y desearles suerte, pronto se evaporó.

Por un lado, los ánimos enardecieron con las escandalosas decisiones arbitrales favorables al anfitrión: el gol italiano se anotó con el portero español, Ricardo Zamora, sostenido con claridad por un delantero azzurri; el tanto español que habría implicado la victoria 2-1 se invalidó al señalarse fuera de lugar, algo imposible al driblar el mismo Moncho Lafuente a dos defensas y no existir pase que lo inhabilitara. Por otro lado, las agresiones obviadas por el silbante y las consecuentes lesiones.

Para magnificar la violencia del primer partido, España no pudo alinear en el desempate hasta a siete titulares de la jornada previa, al tiempo que Italia no contó con cuatro.

Zamora, apodado el Divino y considerado uno de los mejores arqueros de la historia, se vio privado de proteger la meta hispana a causa de dos costillas rotas (y eso que era un personaje de lo más bravo, en 1929 llegó a jugar con una fractura en el esternón). Mario Pizzolo, zaguero italiano, padeció rotura de ligamentos de la rodilla derecha y no sólo quedó marginado del Mundial, sino que su carrera casi terminó, ya nunca volviendo a vestir la casaca de su representativo nacional.

Entre tanto lesionado en Florencia, merece mención especial el caso del defensor español **Ciriaco Errasti**, cuyo tobillo se resintió. Esta leyenda del Real Madrid se había lastimado en 1933.

En principio se pensó que se trataba de una simple torcedura y se le indicó, como resultaba habitual, que guardara tres semanas de cama, mismas que no sirvieron con la hinchazón sin indicios de ceder. Pasaron cuatro meses y no se hallaba remedio. El Dr. Antonio Oller Martínez, visto como uno de los padres de la medicina moderna española, le realizaría las primeras radiografías a un futbolista de las que exista registro en dicho país. A partir de ellas diagnosticó un proceso de rehabilitación sin precedentes, dejando para todos los lesionados de la posteridad una frase que por entonces sonaba a vanguardia: activar al convaleciente y no recostarlo.



PORTERO CON BRAZO ROTO



FRANCIA 1938



¿Ciriaco regresaría pronto a la acción?: “Dependerá del temperamento del enfermo. Si éste es dócil y sabe sobrellevar con tranquilidad, con constancia, el plan curativo, si no se impacienta y sigue el consejo del médico como es necesario, es cosa de poca importancia y fácil de terminar”.

Más allá de lo llamativo de que se denominara enfermo al deportista que tenía una afectación en el tobillo, Ciriaco se apegó a las recomendaciones del experto y retornó puntual para recobrar su mejor forma de cara al Mundial.

Impuso su mando contra Brasil en octavos de final y de nuevo ante Italia en cuartos, aunque para el desempate su tobillo volvió a gritar que no. Inacabable ciclo de lesiones que, tras el torneo lo exasperaría. Al cierre de ese 1934 pediría auxilio a un enigmático personaje vasco al que la prensa se refería como “El brujo de Portugalete”, famoso por tratar con supuesto éxito a otros jugadores. Ciriaco insistiría que su recuperación se debió a los métodos esotéricos de dicho individuo, generándose un debate cuya única conclusión objetiva fue que reapareció porque su tobillo había sanado.

Pero regresamos al desempate en el que **ya no pudo estar Ciriaco** (como tampoco pilares ibéricos del calibre de Zamora, Lángara y Gorostiza). Con otro arbitraje penoso, Italia avanzó... y de paso lesionó a otros cuatro españoles: jonche en total entre el 31 de mayo y el 1º de junio! El juez de ese cotejo, el suizo René Mercet, sería inhabilitado de por vida por su federación.

Italia superaría a Austria en semifinales (otro atraco arbitral) y se toparía con Checoslovaquia en una final que estuvo cerca de replicar el absurdo de la eliminatoria de cuartos frente a España: ¡repetirse menos de 24 horas después!

Eso se temió cuando los 90 minutos culminaron con igualada a uno, sólo que en la prórroga anotó Angelo Schiavio y los azzurri levantaron su primer cetro mundialista para beneplácito en las gradas de Benito Mussolini.

Mario Pizziolo, el defensa cuya fractura de ligamentos casi acabó con su carrera en ese torneo, no recibió medalla de campeón del mundo por haberse lesionado. En 1988, poco antes de morir, le fue entregada una presea idéntica a la del Mundial 1934 en una ceremonia por demás emotiva.

En la cabeza de **Frantisek** no cabía la palabra claudicar. Eso implicaba sobreponerse a todo, resistir el agudo dolor y jugar con múltiples fracturas un duelo tan intenso que se le bautizaría como “La batalla de Burdeos”.

Así había sido criado. Nació casi al mismo tiempo que el siglo XX en la Praga que pertenecía al Imperio Austrohúngaro. El mayor de tres hermanos, cuando su padre fue llamado a filas en la Primera Guerra Mundial, se hizo cargo de sus trabajos de carpintería y sacó adelante a la familia. Justo al volver Karel del frente, mezcladas la euforia por verlo retornar con salud y la de enterarse de la recién proclamada independencia de Checoslovaquia, Frantisek suplicó que lo dejaran dedicarse al fútbol, asegurando que en el futuro defendería la portería de la selección del nuevo país.

Acudió al club Sparta y lo rechazaron por apenas medir 1.72 metros.

No se amilanó y continuó tocando puertas hasta que el Slavia lo contrató. Esa estatura no era idónea para cuidar un arco, pero compensaba de sobra esa limitación con sus reflejos, capacidad de reacción e intuición. Además, todo un pionero del entrenamiento individual, efectuaba ejercicios aprendidos al presenciar las prácticas del equipo nacional de gimnasia.

El apodado “Gato de Praga” llegó al Mundial de Francia 1938 veterano, aunque en total plenitud. Su carrera incluía ya más de 1,100 partidos con un imponente récord de 0.86 goles recibidos por juego. Cuatro años antes cayó en la final ante Italia en tiempos extra. Esta vez aguardaba un duro sinodal en cuartos de final, nada menos que Brasil, cuyo director técnico, Adhemar Pimenta, dio una serie de indicaciones a su plantel: cuando tuvieran el balón entregarlo por cualquier vía a Leónidas, espectacular goleador inmortalizado como “El diamante negro”; cuando lo perdieran, moler a golpes a dos rivales específicos, el portero Planicka y el delantero Oldrich Nejedly.

Bajo ese tenor comenzó un hostil intercambio, con el árbitro Pál von Hertzka superado por el caos e incapaz de frenar la violencia. El atacante Vlastimil Kopecky, compañero de Planicka en el Slavia y, por ende, quien mejor lo conocía, fue el primero en notar algo extraño en el semblante de su arquero. Aprovechó un parón en el partido para correr a verlo y descubrir con azoro que tenía el brazo izquierdo deforme. A toda pregunta sobre cómo se sentía, escuchó idéntica respuesta: “si atrapo la pelota aceleras, la lanzaré larga, esos defensas son lentos”. Renuente a ceder ante el dolor y consciente de que no existían sustituciones (eso se permitiría hasta México 1970), Frantisek continuó volando de poste a poste. Antes de los tiempos extra, pidió a Kopecky que empujara su hombro buscando reacomodo para su clavícula. Estoico y heroico, nadie más se enteró de la lesión hasta terminar la prórroga con empate a uno y tres expulsados que debieron ser varios más.

No hay claridad respecto a cómo se fracturó cúbito y radio, además de dislocarse la clavícula (imposible dotar de veracidad a ese parte médico si ya por entonces el diagnóstico fue impreciso y el mismo guardameta nunca tuvo noción de lo que se rompió o fisuró). Se cree que el traumatismo empezó en una arremetida salvaje del brasileño José Peracio hacia su costado izquierdo.



A eso siguió un remate muy angulado que alcanzó a repeler, pero en un afán de proteger la zona maltrecha no logró evitar el impacto de su antebrazo contra el poste.

Como sea, por resiliente que fuera, no había forma de que alineara en el nuevo duelo fijado para dos días y una hora después (ligero incremento en la clemencia de la FIFA, tras lo sucedido en el desempate de cuatro años antes en Italia 1934). En ese replay, los brasileños se beneficiaron de las ausencias checoslovacas (Nejedly tampoco pudo estar) para revertir el gol inicial de Kopecky y triunfar 2-1.

Del lado brasileño la preocupación se dirigía hacia Leónidas. Ya en la ronda anterior, en una frenética victoria 5-4 sobre Polonia, el crack acabó resentido. Un partido en el que repentinamente decidió quitarse los botines para acoplarse al lodazal en que se transformó la cancha de Estrasburgo. En medio de la torrencial lluvia, anotó sin calzado el denominado “Gol de las calcetas”. Una lesión de tobillo puso en duda su alineación contra Checoslovaquia. Completaría no sólo el primer juego, clavando el solitario tanto brasileño de la igualada, sino también la repetición, volviendo a encontrar las redes. Ese segundo choque en 48 horas recrudesció la condición del tobillo, al que no bastaba el tratamiento consistente en inmovilizar e introducir en agua fría.



Culminado el conflicto, se reagrupó con antiguos compañeros del Slavia para algunos partidos amistosos

Para la semifinal, ante Italia, el entrenador Pimenta no lo utilizó, siendo acusado de dar por ganado el cotejo y reservar a su estrella para la eventual final, versión que el propio Leónidas descartó, admitiendo que su tobillo no resistía más. Brasil sucumbió y el Diamante Negro retornó deprimido para el compromiso por el tercer lugar.

Regresando con Frantisek Planicka, el arquero siempre pensó que continuaría jugando tras el torneo. De hecho, en su cabeza estaba disputar semanas más tarde con el Slavia la Copa Mitropa (precedente de los certámenes europeos, enfrentaba a los clubes del disuelto Imperio Austrohúngaro), mas no existió manera. Todo tratamiento médico que pudo rehabilitar el brazo y eliminar ese dolor que a cada despertar le recordaba “La batalla de Burdeos”, resultó imposible al comenzar en breve la Segunda Guerra Mundial.

En uno de ellos, en 1967, Vlastimil Kopecky se desplomó. **Frantisek corrió hacia él y al notarlo en proceso de infarto, ejecutó primeros auxilios, luchando para reanimarlo. Fue inútil.** Lo mismo un nuevo intento por devolverle el pulso en la clínica de Hlinsko vecina al estadio. No logró salvar al Vlastimil que 29 años antes tratara de salvar su clavícula y brazo en las canchas de Francia.

Planicka viviría la caída del Muro de Berlín en 1989, el nacimiento de la República Checa al escindirse de Eslovaquia con el llamado “Divorcio de Terciopelo” en 1993 y recibiría un título honorario de la Unesco por nunca haber sido amonestado ni expulsado. A los 90 años le preguntaron por lo que le faltaba ver. Respondió que sólo una cosa: a su Slavia levantando el campeonato de liga, algo que no conseguía desde 1947. En 1996, con Frantisek ya de 92 años, el Slavia se coronó. Dos meses después, “El gato de Praga” murió. **Se dice que su brazo izquierdo jamás dejó de punzar, mas nadie es capaz de asegurarlo: ni de joven ni de viejo a este titán le gustó quejarse.**

EL TOBILLO DE LA DISCORDIA

 SUIZA 1954



Pasadas las seis de la tarde de ese 20 de junio de 1954, nada de especial trascendencia parecía flotar en el aire del St. Jakob Stadion de Basilea, Suiza. A falta de poco más de media hora para concluir el partido de fase de grupos, Hungría derrotaba 5-1 a una selección de Alemania Federal que lucía aplastada física y mentalmente.

Acaso los aficionados sólo se mantuvieron en las gradas para seguir disfrutando de la espectacular **Aranycsapat** (en magiar, “equipo dorado”) o por el morbo de si los húngaros superarían los nueve goles que, en el duelo anterior, anotaron a Corea del Sur. Los teutones se veían incapaces de contener semejante vendaval futbolístico. Conjunto que, para sorpresa general, decidió descansar a varios titulares contra el sinodal más poderoso. Por ejemplo, ese día atajaba el inexperto Heinz Kwiatkowski, portero que debutaba con el representativo germano.

Durante la primera mitad, el férreo defensor Werner Liebrich ya había dado un par de patadas al máximo crack de Hungría, **Ferenc Puskás**, apegado a las indicaciones de su entrenador, Sepp Herberger: neutralizarlo por cualquier vía. Existe la leyenda de que, a la segunda agresión, un envalentonado Puskás exigió a Jupp Posipal (jugador alemán que hablaba idioma magiar), tradujera a Liebrich el siguiente desafío:

“Dile a tu amigo que puede hacerme lo que quiera... Igual lo superaré”.

A la tercera fue la vencida. Al minuto 58, Liebrich se desentendió por completo del balón y arremetió con implacable dureza. Puskás se desplomó sosteniéndose el tobillo izquierdo. Desde su banca llegaron a auscultarlo. Al retirarle calceta y zapato, notaron con preocupación la inflamación del tobillo y derramaron agua sobre la zona lastimada. El diez de la selección húngara intentó caminar, mas su gesto se descuadró en agónico sufrimiento.

Con el marcador 5-1 no pensaron en conservarlo en el cotejo, como era habitual incluso con lesiones más graves en esa época previa a la instauración de sustituciones. Pese a la inferioridad numérica, Hungría endosó a Alemania Federal otros tres goles. La humillación quedó en 8-3, lo que aseguraba a los húngaros la calificación a cuartos de final como líderes de grupo y mandaba a la Mannschaft a disputar un playoff frente a Turquía.

Puskás se refirió al lance de Liebrich con molestia: **“una patada viciosa en la parte de atrás de mi tobillo cuando ya ni siquiera estaba jugando la pelota”.** El capitán alemán, Fritz Walter, deseando exculpar a su compañero, argumentaba que el problema no fue el embate sino su descompuesta manera de caer al suelo. El asunto es que el mejor futbolista del mundo tenía una lesión en pleno Mundial.

Nadie conocía la anatomía de Puskás como el Dr. Tomas Fried. Un personaje que desde niño auxiliara a su padre en su consultorio odontológico en Budapest, pero después viera frenados sus sueños de doctorarse en medicina por su religión. Las leyes antijudías promulgadas en la Segunda Guerra Mundial le impedían cursar estudios superiores. Subsistió como pudo a la persecución durante el conflicto. Terminado “El sitio de Budapest” y rendido el ejército nazi, se tituló como médico en la universidad de dicha capital. Se certificó en medicina deportiva, algo muy novedoso a fines de los años cuarenta, recordemos que Italia sería en 1958 el primer país europeo en establecer la medicina deportiva como una especialidad.

Recién graduado, Fried se integró al proyecto futbolístico más ambicioso del continente. Como parte de la nacionalización de los equipos obligada por el régimen comunista húngaro, las fuerzas armadas adquirieron al club Kispest y lo rebautizaron como Honvéd (traducible del magiar como “defensor de la patria”). Bajo pretexto de llamar a filas a quien quisiera, este cuadro iría reclutando a los mejores futbolistas para beneficio de su alineación. Así congregó a muchos de quienes, en el futuro inmediato, brillarían con el uniforme del combinado nacional: Sándor Kocsis, József Bózsic, Zoltán Czibor y, por supuesto, Ferenc Puskás.

El Honvéd se convertiría en la sala de experimentos del seleccionador nacional, Gusztáv Sebes, cuya Hungría accedería al Mundial de 1954 invicta por cuatro años, lapso en el que se colgó el oro olímpico en Helsinki 1952. Además de la inmensa innovación en preparación física y disposición táctica, el Honvéd rompió paradigmas al confiar la salud de sus deportistas en los lineamientos médicos del Dr. Fried.

En las manos de Tomas Fried se ponía esa mágica zurda con la que Puskás era capaz hasta de dominar un jabón en las duchas (luego en España lo apodarían “Cañoncito Pum” por el poderío de sus remates).

Según reveló la radiografía, el ligamento principal del tobillo izquierdo estaba casi roto.

La semana rumbo al encuentro de cuartos de final ante Brasil transcurrió con la resignación de que no se contaba con Puskás. Sin él, Hungría controló un áspero partido que acabó con trifulca en su vestuario (de ahí viene el término “Cámara húngara” para las broncas). Reyerta en la que, por cierto, se acusó a Puskás de propinar un botellazo en la cabeza a un rival.

Faltaban tres días para la semifinal ante los campeones defensores, Uruguay. Por mucho que Puskás se empeñaba en reaparecer, el dolor lo atenazaba cada que impactaba el balón.



Fried instó a Sebes a no ceder a la presión y mantenerlo en reposo. Por 75 minutos de esa semifinal se asumió que su ausencia estaba siendo bien reemplazada, ventaja que sólo continuaba 2-0 gracias a las grandes atajadas del meta charrúa, Roque Máspoli. De pronto, los uruguayos remontaron. Otra vez el favorito del certamen, tal como en la final de cuatro años antes (el Maracanazo, subyugando a Brasil), no comprendía cómo se levantaba su contrincante. El uruguayo Juan Eduardo Hohberg anotó un doblete. Puskás, como todos quienes atestiguaban desde fuera, no se percató de lo sucedido con Hohberg tras meter el tanto que mandaba el juego a prórroga. **En pleno festejo sufrió un paro cardíaco y estuvo unos 15 segundos muerto.**

Desde su banquillo corrieron dos personajes que, en principio, sólo apoyaban como masajistas, Carlos Abate y Juan Kirchberg, quienes lograron reanimarlo empleando masaje cardíaco y coramina.

Lejos de llevarse a Hohberg a un hospital en ambulancia, recién recuperado el pulso cardíaco disputó los tiempos extra en los que Hungría avanzó al contabilizar otros dos goles.

La final, en la que se reencontrarían con esa Alemania Federal a la que trituraran en ronda preliminar, estaba a cuatro días. Esa noche Fried concluyó que sería un milagro que Puskás se recuperara. Para el viernes ajustó el pronóstico: 50 por ciento de opciones de alinear.

Para el domingo en la mañana, a nada del silbatazo inicial, Sebes se convenció de usarlo, asumiendo que incluso un mermado Puskás representaba mayores garantías de ataque que cualquier otro jugador del planeta.

En los túneles del Wankdorf Stadion de Berna, Ferenc miró de soslayo a Liebrich. El húngaro comandó a su equipo al saltar como capitán, mientras que el zaguero alemán fue el séptimo de los suyos en entrar al césped. Al minuto 6, Puskás aprovechaba un rebote para adelantar a su selección. A la siguiente acción, los alemanes se hacían un lío en zona baja regalando el balón a Czibor para que lo metiera.

2-0 al minuto 8 y la sensación de que la goleada de la fase de grupos se repetiría.

No obstante, Alemania ahora sí contaba con todos esos estelares que, en una maniobra táctica que probaría ser muy exitosa, no utilizó dos semanas atrás. Por ejemplo, Max Morlock que de inmediato recortó la distancia. Antes del minuto 20, Helmuth Rahn igualó los cartones y, como si estuviera confabulado con los astros, en ese instante la tormenta arreció. Factor importante por varias razones. Por un lado, lo que los germanos llamaban **Fritz-Walter-Wetter**, el clima en el que su líder rendía mejor. Por otro, un detalle de relevancia: **Adi Dassler** acababa de fundar la empresa Adidas tras un pleito con su hermano Rudolf, quien a su vez lanzó Puma. Adi proporcionó al DT Sepp Herberger de zapatos con tachones intercambiables, idóneos para adaptarse según las condiciones meteorológicas. Gracias a él los teutones consiguieron mayor adherencia, al tiempo que Puskás se dolía al pisar una cancha pesada e inundada. Como sea, Hungría disparaba desde todo sitio y el balón no entraba.

Al minuto 84, Rahn metió el 3-2. Un renqueante Puskás arengó a sus compañeros y los conminó a empatar. Eso pensó que lograba al impactar la pelota con una barrida y anotar, pero el árbitro William Ling invalidó el tanto por un fuera de lugar que nunca se ha aclarado si fue de correcta marcación.

Alemania Federal levantaba el trofeo en lo que pasaría a la historia como Das Wunder von Bern (El milagro de Berna), mucho más que una consagración deportiva, todo un renacer de este pueblo tras los horrores y ruinas de la Segunda Guerra Mundial. Puskás, perplejo por la primera derrota de su selección en años, se acercaba a Fritz Walter para estrechar su mano y felicitarlo.

En cuanto a la patada de Liebrich, el escritor inglés Brian Glanville la calificaría como "el foul que ganó una Copa del Mundo". Puskás se recuperó y volvió a jugar un mes después obstinado en coronar a Hungría en el Mundial en 1958, lo que no resultó posible.

En 1956 Budapest amanecía acaparada por tanques soviéticos, reprimiendo los afanes húngaros de instaurar un régimen autónomo a Moscú. La invasión tomó a Puskás y el club Honvéd de visita en Bilbao en certamen europeo. **Ferenc no regresaría a su país y se convertiría en exiliado político, elevándose, en su nueva vida en la que lo rebautizaron como Pancho, a figurón del Real Madrid.**

REVOLUCIÓN POR UNA LESIÓN



SUECIA 1958



En las calles de Campos dos Goytacaze, pueblo 300 kilómetros al noroeste de Río de Janeiro, solía insistirse que en la cancha, como en la vida, había dos opciones: golpear o ser golpeado. Difícil entorno para que se criara un futbolista tan poco físico como **Waldir Pereira**. Elegante y empedernido driblador, sus jugadas de fantasía honraban el divertido diminutivo con el que ahí lo conocían todos, **Didí**.

Cierto día, cuando no pasaba de los 14 años, un rival de mucho mayor edad y corpulencia decidió que ya tenía suficiente con ese niño gambeteándolo. Se propuso que a la siguiente ocasión en que Didí lo eludiera o fintara, se vengaría de todas. **Barrió con criminal fuerza en dirección a su pierna derecha que en ese instante estaba fija sobre la terracería.** Resonó el tronido del hueso. Demasiado tarde para que se arrepintiera, el defensor acariciaba la cabeza de Waldir rogándole ser perdonado con gesto de **“¿qué he hecho?!”**.

El muchacho que apuntaba a ser el primer futbolista del pueblo en llegar a profesional, quedaría durante seis meses confinado a una oxidada silla de ruedas de segunda mano. El crack que días antes se movía como levitando en posición erguida detrás del balón, ese que soñaba con jugar como su hermano Dodo, ahora se desplazaba entre los rechinidos de la silla vendiendo cacahuates para subsistir.

Cuando pensaba que al fin volvería a jugar, empezó a experimentar un dolor distinto y notó un color verdusco expandiéndose casi a cada hora por la piel que cubría su rodilla. Lo llevaron de emergencia al hospital y le dieron la noticia más desoladora: la lesión presentaba una grave infección y existía riesgo de amputar esa pierna derecha que antaño consumara obras de arte.

Pasó otros seis meses inmovilizado e incierto de si conservaría esa extremidad, hasta que al fin caminó de nuevo. De a poco se reencontró con su fútbol, aunque no así con los viejos cañonazos que solía tirar a puerta. Era inútil, a cada remate sentía un dolor brotando de su rodilla, a veces hacia abajo punzando en los gemelos, a veces hacia arriba atenazando sus isquiotibiales.

Sin embargo, su visión de campo era tal que incluso sin poderle pegar con fuerza a la pelota continuaba arrasando. Así lo demostró en el humilde equipo de una fábrica local; así dio el salto al club Madureira, de entrada acompañando a su hermano Dodo y luego quedándose; así recibió a los 21 años una oportunidad en el Fluminense de Río.

Estaba recién llegado cuando se conformó un representativo de Río de Janeiro para enfrentar a los mejores de Sao Paulo en una especie de puesta en escena del Maracanã que ocho días después albergaría el Mundial de 1950. Como los mejores futbolistas del estado se encontraban convocados por la selección brasileña para disputar el torneo, Didí fue incorporado a ese cuadro carioca y anotó el primer gol del estadio.

Pensaba que la lesión de su adolescencia quedaba atrás cuando en un cotejo ante el America do Rio recayó. Esta vez no había riesgo de silla de ruedas ni de amputación, pero por muchos remedios y tratamientos que probó, el dolor al rematar era incluso mayor.

Asumido que ese padecimiento físico no cambiaría, decidió cambiar la forma de pegarle a la pelota.

A las cuatro de la madrugada empezaba a entrenar buscando un nuevo método y terminando desilusionado porque el dolor no desaparecía. Una mañana, cual epifanía, surgió la gran revelación, notó que al golpear la esférica de tres dedos y frenar el pie de inmediato, sin meterlo de lleno, la rodilla no se resentía y el balón experimentaba un efecto inimaginable.

Poéticos como ellos solos al hablar de fútbol, los brasileños apodaban a ese lance **folha seca** pues la pelota caía como hoja seca de un otoñal árbol, futuro tormento para los guardametas que no sabrían cómo o a dónde aventarse.

La selección, que estrenaba el uniforme **verdeamarela** tras jurarse no volver a vestir el blanco de la desdicha del Maracanazo, lo convocó para el Mundial de 1954. Con 25 años destacó en el equipo nacional que se estampó ante Hungría en octavos de final.

Muchos continuaban dudando de ese extraño mecanismo de remate. Le llamaban loco, estrafalario, lucido, poco efectivo. Eso terminó el 21 de abril de 1957 en el duelo final de la eliminatoria mundialista. Brasil empató en la ida en Lima, ante Perú, y estaba obligado a vencer al conjunto inca en la vuelta, precisamente en Maracanã. Un tiro libre de Didí, con la más magistral **folha seca** que hasta entonces se hubiese visto, significó el pase al Mundial.

Llegó a la Copa del Mundo en Suecia como jefe del medio campo brasileño. Tras el empate a cero con Inglaterra en la fase preliminar, sostuvo un diálogo de emergencia con su compañero, Nilton Santos, y su entrenador, Vicente Feola. Coincidieron en que ese rendimiento no alcanzaba para ser campeones. Necesitaban dotar de dinamismo a su ataque y, para tales fines, las soluciones estaban en la banca: los inexpertos Garrincha y Pelé (este último había declarado antes del torneo, al ser la sorpresa de la lista, que no podía creer que jugaría al lado de su ídolo, Didí).

Waldir clavaba los ojos a un costado del campo y, sin que nadie entendiera cómo, su **folha seca** lanzaba el balón en la dirección opuesta. Temperamental, el apodado “Príncipe etíope”, regañaba a sus compañeros aseverando que pretendía engañar al rival, no a ellos.

Brasil fue campeón por primera vez, un camino de gloria que, sin su folha seca en el clasificatorio, no habría existido.

Rumbo al Mundial de Chile 1962 quisieron dejarlo fuera por ser veterano. Entonces exclamó con la misma clase con la que conducía el balón, “el que tiene que correr es el balón, no el jugador”. Haciendo correr el balón, Brasil se coronó por segunda ocasión.

Todas las lesiones cambian al lesionado. La lesión de Didí cambió al juego. En su **folha seca** se gestó la leyenda mundialista de Brasil como el más ganador. Esa **folha seca** que, por su parte, se gestó en la más dolorosa lesión y en el futuro sería practicada por generaciones y generaciones de maestros del disparo de larga distancia: Rivelino, Roberto Carlos, Juninho Pernambucano, David Beckham, Zlatan Ibrahimovic, Cristiano Ronaldo, todos rendirían homenaje a Didí con ese recurso que nació del dolor.

DOS REYES HERIDOS



El sorteo del Mundial de 1962 realizado en el Hotel Carrera de Santiago dejó una perla que tardó en conocerse, siendo la última ocasión en que se definieron los grupos sin una transmisión televisiva: Brasil contra España.

Eso significaba que Pelé, campeón del mundo como adolescente cuatro años antes y entrando a ese Mundial con 21 años, se enfrentaría el 6 de junio a **Alfredo Di Stéfano**, pentacampeón de Europa y a los 36 años todavía dictando cátedra con el Real Madrid.

El primero buscaba defender el título brasileño, convertido ya en el mayor fenómeno de masas que el fútbol hasta entonces hubiese presenciado. El segundo al fin debutaría en mundiales, tras perderse el torneo de 1950 por el boicot de la selección de su país natal, Argentina, así como el de 1958 por la no calificación de su patria adoptiva, España.

Tres años atrás se vieron las caras por única vez, duelo amistoso en el que el Madrid se impuso 5-3 al Santos. Tan diferente, ese choque lucía de alto voltaje, cierre de la fase de grupos en pleno Mundial.

Alfredo venía de conquistar liga y copa con el cuadro merengue, además de haberse metido hasta la final de la Copa de Campeones. No obstante, con un desgaste tan evidente que a seis meses del certamen el seleccionador español, Pedro Escartín, elaboró un reporte que decía: **"Si este jugador, que va a acabar la temporada destrozado, aprovecha bien las cinco semanas antes del Mundial, es aún imprescindible y el mejor de todos a larga distancia. No puede jugar tres partidos en ocho días. Conforme. Pero dos, sí".**

Edades muy distintas, mas eso de acabar la temporada destrozado aplicaba también a **Pelé**. El ya apodado **O Rei** vivía en gira permanente con un Santos que sobreexplotaba sus músculos e imagen, años en los que llegó a totalizar la escalofriante cifra de 99 cotejos disputados.

Escartín dejó el timón de España y en su sitio se instauró una especie de dupla, Helenio Herrera como estratega y cabeza, Pablo Hernández Coronado más centrado en la parte física. A 18 días del debut mundialista, en un encuentro de preparación en San Sebastián, Di Stéfano se resentía del bíceps femoral y era suplido al minuto 65.

Lesión a la que no se concedió relevancia. Una semana más tarde, España viajaría pasada la medianoche con destino a Chile. Helenio consideró que sería idóneo exponer al plantel a un duro entrenamiento vespertino con la finalidad de que se sentaran tan cansados en el avión como para dormirse de inmediato (trayecto a Santiago que incluía escalas en Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires). En esa última práctica se escuchó un grito de la denominada "Saeta rubia". Apretándose la zona posterior del muslo, explicaba al Dr. Joaquín Cabot que sintió un latigazo. Minutos después, se sinceraba con el cuerpo técnico:

"No puedo ir, no estoy en condiciones. Busquen a otro".

La respuesta del Dr. Cabot fue que confiara en él, que en diez días estaría recuperado, que el dolor era consecuencia de la intensidad del tratamiento. Resignado, Di Stéfano aseveró que se desplazaría a Chile en calidad de turista y no de futbolista.

Pocos pensaban verlo en el cotejo inicial frente a Checoslovaquia, aunque se asumía que irrumpiría contra México o, como mucho, ante el Brasil de Pelé... lo que no sucedió. Alfredo transitaría por su único Mundial sin jugar un minuto, león enjaulado contemplando las olas del Pacífico Sur en el hotel Miramar de Viña del Mar.

A unos 15 kilómetros tierra adentro, en la localidad de Quilpé, Brasil no quería admitir un problema que se elevaba casi por minuto. **Pelé ya había comentado tanto a las autoridades del Santos como a las de su selección que sentía dolores bajando de la ingle al muslo izquierdo.**

Sin embargo, no le prestaron atención. Nadie planteó siquiera la posibilidad de dosificar las piernas del astro. La realidad se omitió entre el caos de ese representativo que tuvo hasta cinco cambios de director técnico desde el Mundial pasado y la presión del presidente de la nación, Joao Jango Goulart, urgido de que una nueva coronación futbolera aliviara la creciente tensión social (su predecesor, Janio Quadros, había proclamado "tesoro nacional" a Pelé, prohibiendo su venta al fútbol europeo).

Más cuidado otorgaron a supersticiones tales como repetir al piloto de aviación que los desplazó a Suecia al Mundial anterior o, por si no bastara, colocar a la aeronave los sellos de una aerolínea quebrada en aras de que luciera igual que cuatro años antes.

La **verdeamarela** completó dos amistosos ya en tierras chilenas, empatando ante el Santiago Wanderers y goleando al Everton, rivales que respetaron la petición brasileña: de ningún modo efectuar entradas duras.



La defensa del título comenzó frente a México en el estadio Sausalito. Tras un primer tiempo en el que el Tri se paró bien, Pelé se ocupó de servir a Zagallo para el tanto inicial y él mismo se inventó, en imponente acción individual entre seis zagueros, el 2-0 definitivo ante la estirada de Antonio "Tota" Carbajal.

Tres días más tarde el sinodal era una Checoslovaquia que venía de derrotar a esa España desprovista de Di Stéfano. Apenas al minuto 25, Edson Arantes ejecutó un soberbio remate. Todas las miradas se fueron al balón que cimbraba el poste después del manotazo del guardameta Viliam Schroj, pero lo importante acontecía en el semicírculo del área.

futbolista insistía en ello para reaparecer, otra que era su DT, Aymoré Moreira, el que presionaba al médico. Sin importar la veracidad de esas teorías, es un hecho que el Dr. Gosling se negó.

Frente a España, en el cierre de la etapa preliminar, Amarildo suplió al diez anotando dos goles y el equipo evidenció que podía con el peso de tamaña ausencia. Pese a ello, ronda a ronda creció la conjetura sobre el eventual regreso del diez. Contra Inglaterra en cuartos, contra Chile en semifinales, la gente se quedó esperando. El 17 de junio, a quince días de la lesión, se daba por confirmado que Edson alinearía en la final en la que los sudamericanos se reencontraban precisamente con Checoslovaquia.



Pelé cojeaba unos pasos antes de tumbarse y tomarse el muslo izquierdo.

Al no existir las sustituciones, continuó en la cancha como un espectro. Tan fue así que en los pocos balones que recibió los jugadores checoslovacos apelaron a la deportividad no apretándolo. Se especula que la larga hora en la que vagó adolorido empeoró la magnitud del desgarre.

Mientras que Garrincha se transformaba en el hombre medular en la cancha asumiendo el liderazgo del conjunto nacional, el Dr. Hilton Gosling era el hombre más asediado fuera de ella. Día a día lo perseguía una multitud de periodistas, aficionados, curiosos y hasta seleccionados propios para preguntar por el estado del rey.

Se cuenta que surgió una pugna al interior de la directiva brasileña en relación a si infiltrar a Pelé para que jugara. Alguna fuente asegura que el mismo

Pelé entendía que estaba descartado, mas se mantuvo en Santiago sólo al serle dicho que así contribuía a la guerra psicológica con el rival atemorizado por topárselo en el terreno de juego.

Desde las gradas fue testigo de la coronación de Brasil para el bicampeonato y la consagración de Garrincha como crack mayor.

En cuanto al Dr. Hilton Gosling, cuatro años después, en Inglaterra 1966, adquiriría fama al sostener a Pelé cuando sentía dolor en la rodilla por las despiadadas entradas que el árbitro permitió a los defensas portugueses.

Murió a los 52 años sin que se supiera que, en una época en que las infiltraciones tenían un éxito dudoso, su decisión de no inyectar a Pelé en 1962 quizá nos permitió disfrutar de **O Rei** desde los 21 años.

FATALISMO TRICOLOR



MÉXICO 1970



El impacto de esta lesión se resume con una frase del escritor mexicano, Juan Villoro: "En 1970 mi generación conoció los nombres de dos huesos, la tibia y el peroné, porque Alberto Onofre se los fracturó en el último entrenamiento antes del Mundial".

En la eternidad se repite el momento que condenaría no sólo la carrera del propio futbolista o al combinado mexicano en la Copa del Mundo para la que se preparaba, sino a la afición mexicana, resignada a la más extraña melancolía, más que aquella que añora un pasado idílico, la que lamenta lo que no pudo ser.

Contra todo, Alberto se había aferrado a sus sueños de fútbol. En la cabeza de Dionisio, su padre, no existía la posibilidad de romper esa rutina en la que apenas cabía dormir, estudiar y ayudar en el negocio familiar, una tornería.

Como sea, el quinto de sus hijos hallaba manera de escaparse a las calles de la tapatía colonia Fresno para jugar fútbol... ¡y cómo jugaba! Visionario, talentoso, técnico, resolutivo, desequilibrante, demoledor al rematar, en todo partidito reivindicaba su condición de elegido máximo del balón. Sus atributos llegaron a oídos del club Guadalajara que, a los doce años, lo integró a sus divisiones inferiores. Pasión que Dionisio reprimiría de la peor forma, era común que Alberto entrara a las instalaciones del equipo con marcas de golpes y desarrollara idéntica creatividad para inventar el motivo de los moretones, como la creatividad con la que a cada acción inventaba una obra de arte.

En 1966 debutó con Chivas y no tardó en ser convocado por la selección mexicana que conquistaría la medalla de oro en los Panamericanos de 1967.

Su mente vislumbraba los Olímpicos del año siguiente a los que, para su tristeza, no lo llevaron. Frustrado, escuchaba por doquier que el futuro le pertenecía, que su momento estaba más cerca de lo que creía.

En la temporada 1969-70 ratificó los mejores augurios, convertido en la figura que dio al Rebaño Sagrado el triplete, primeros trofeos rojiblancos desde la era del Campeónísimo: **liga, copa y campeón de campeones.**

El director técnico nacional, Raúl Cárdenas, como cada aficionado mexicano, asumía que Onofre era ese crack que por décadas el país había esperado. No llegaba a los 23 años, pero cargaba con entereza la presión del equipo mexicano. Insistía que su Mundial sería tan espléndido que lo buscarían de ligas del extranjero, algo atípico en esos tiempos.

Le costó despertarse la mañana de ese miércoles 27 de mayo. Tras perderse el desayuno, de algún modo tomó ánimo recordando que estaba a escasos cuatro días de disputar la inauguración mundialista enfrentando a la Unión Soviética. Alinearían Onofre y diez más. Bajo una tarde lluviosa, el Tri entrenaba en el Centro de Capacitación, vecino al estadio Azteca ya engalanado para abrir el torneo el domingo. Última práctica intensa antes del debut, el jueves habría trabajo táctico, viernes y sábado serían recreativos.

Faltaban cinco minutos para culminar el interescuadras. Recrudesció la lluvia. Isidoro Díaz, de los veteranos del plantel, conminó a Raúl Cárdenas a ya cortar el entrenamiento. Onofre se sintió incómodo con los zapatos de seis tacos que le

generaban ampollas. Gritó a Francisco "Chico" Larios que le pasara un calzado de plástico, a lo que el utilero contestó que no era buena idea con la cancha mojada. Pensando que sería para un par de jugadas, hizo oídos sordos y se cambió los zapatos. Le cayó un balón. Dribló a Nacho Basaguren y la pelota se le alargó. Frente a él emergió el cruzazulino Juan Manuel Alejándrez.

En el intento de recuperar, Onofre resbaló e impactó ante las piernas firmes del defensa.

Unos de los presentes dirían que crujió un tronido hueco, el portero Nacho Calderón lo describiría como **un palo de escoba quebrándose**, otros lo recordaban como un estruendo fuerte; tanto, que resonó hasta un balcón a 80 metros, del que Javier de la Torre (DT que debutara a Onofre en Chivas), descendió asustado al anticipar la magnitud. Su tobillo izquierdo adquirió una anatomía imposible, doblado casi hasta tocar el pasto. Fue tan severo el dolor que por unos segundos perdió el conocimiento. No se requirió de diagnóstico médico alguno, en cuanto recobró la consciencia supo que el anhelo mundialista había terminado. Sus compañeros improvisaron como camilla una puerta de madera arrumbada junto a la línea de banda.

La ambulancia salió del Centro de Capacitación escoltada por motocicletas de la policía. La gente se preguntaba a qué obedecían las sirenas de ese despliegue, sin saber que lo que iba ahí eran las esperanzas de la selección nacional.

Al llegar al Sanatorio Español, pidió a los camilleros un cigarrillo, la motivación por cuidar sus pulmones o comportarse como atleta se habían desvanecido. Se cuenta que cuando pretendieron colocarle una bata para la cirugía, Onofre suplicó que lo intervinieran con uniforme del Tri, ignorante de que no volvería a vestir esa casaca.

Dionisio, que con tanta violencia se negara antes a la carrera futbolística de su hijo, declaraba ante los medios que la mejor medicina para Alberto serían las victorias tricolores.

Por su habitación desfilaban seleccionados no sólo mexicanos, también el capitán de Italia, Giacinto Facchetti, se apersonaba para desearle una pronta recuperación. Lo mismo, celebridades como el cómico Clavillazo o el campeón mundial de boxeo, Rubén "Púas" Olivares.

Cuatro días después se sentaba en un palco del Azteca.

Con el pantalón arremangado para hacer sitio al yeso que llegaba a la ingle, ojeroso, pálido, observaba desde las alturas a sus compañeros.

Consumado el 0-0 del Tri ante los soviéticos, el jugador, colmado de impotencia, viajaba a su casa en Guadalajara. El resto del torneo lo vería por televisión, entre lágrimas, incluido un Alemania Federal-Italia, a veinte días de su lesión. Episodio al que la posteridad se referiría como "El juego del siglo".

Desde el sillón no advirtió, como tampoco nadie en la cancha, el riesgo de la descompuesta caída de Franz Beckenbauer, por ahí del minuto 67, tras una dura embestida de Pierluigi Cera. Conforme avanzó el cronómetro fue evidente que el apodado Kaiser apretaba el brazo derecho hacia el pecho: **¡tenía un hombro dislocado y acaso también fractura de clavícula!**

Los germanos ya habían agotado las recién estrenadas dos sustituciones. Con semblante de agonía, Franz continuó y festejó maltrecho el empate de los suyos en el minuto final. En el descanso previo a la prórroga le colocaron un vendaje. Así disputaría los instantes más trepidantes que su deporte hubiese visto.

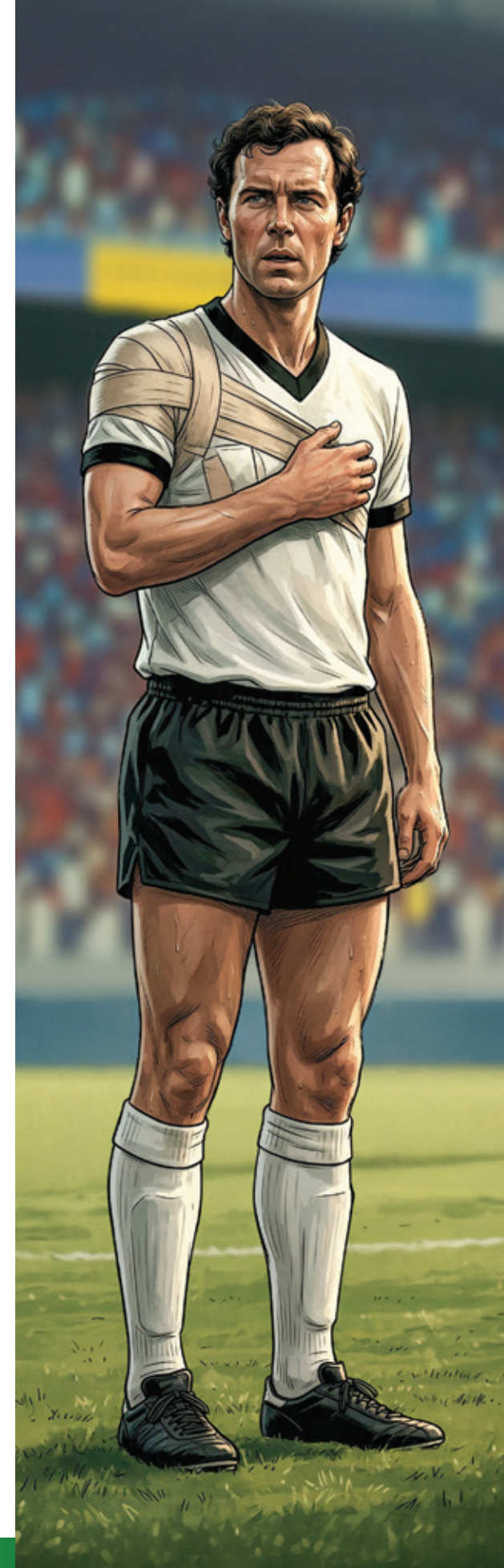
Müller dio la ventaja a Alemania, Burgnich igualó a dos. Ahora Riva anotó para los italianos, el mismo Müller equilibró a tres. Si nadie metía gol, el finalista se definiría con el lanzamiento de una moneda, cruel solución que evitó Gianni Rivera, cruzando para mecer las redes y catapultar a la Azzurra al duelo por la copa.

Beckenbauer no jugó el cotejo por el tercer lugar. Luego de unas semanas de tratamiento conservador, reaparecería con el Bayern, al que llevaría a tres Copas de Campeones de Europa al hilo.

Volviendo con Onofre, transcurrido un mes en el que no comprendía qué tipo de dolor resultaba lógico y cuál no, acudió a una revisión de rutina. La nueva radiografía mostró que **la cirugía, consistente en empatar los huesos (como era habitual en la época), no funcionó.** Tras profundos debates entre diversos médicos, lo operaron otra vez, ahora fijando tibia y peroné con clavos.

Por nueve meses más viviría inmovilizado. Cuando le quitaron el yeso, no podía creer el mínimo grosor que su pierna había adquirido. Su masa muscular era pasado. Tardó dos años en regresar a jugar... y ya nada fue igual.

Intentó sin éxito reconducir su carrera en el fútbol estadounidense. Se retiró joven y por siempre lamentando ese resbalón a cuatro días del que sería su Mundial. **Trabajó, hasta morir en 2025 a los 77 años, en la tornería familiar.**



LA TRAGEDIA DE LUQUE



ARGENTINA 1978



Por siempre se especuló que el póster oficial del Mundial de 1978 era el primero de la historia en incluir a un personaje identificable. La imagen difuminada de ese bigotón celebrando un gol con uniforme de Argentina guardaba cierto parecido con el delantero **Leopoldo Jacinto Luque**, titular en ese torneo.

Una versión que, pese a ser desmentida, flotaba en el aire del país anfitrión en un certamen que marcaría a Luque como a ningún otro jugador.

El 2 de junio, en el debut, los argentinos se fueron abajo en los cartones ante Hungría. Entonces Leopoldo aprovechó un rechace del portero magiar para clavar el primer gol albiceleste en esa Copa del Mundo. Ese empate devolvió pulso y voz al enmudecido estadio Monumental de River Plate, que más tarde atestiguaría en júbilo la remontada local para cerrar 2-1.

Cuatro días después, contra la intimidante Francia de Michel Platini, el propio Luque logró el gol de la victoria argentina, luego de un soberbio disparo tras dejar botar la pelota. A los pocos minutos de esa obra de arte, el mismo crack escapaba por la banda derecha cuando el defensor galo, Christian López, barrió con dureza. Mientras trastabillaba hacia el suelo, intentó mantenerse en pie para seguir la jugada.

Ese esfuerzo descompuso su cuerpo y propició una caída aún peor, de lleno sobre el brazo derecho.

Los franceses reclamaron que pretendía hacer tiempo sin saber que Luque experimentaba un dolor inenarrable.

Sin dilación, el Dr. Rubén Oliva entendió que tenía el codo luxado. El atacante se retorció al recibir la atención. Le dieron anestesia, le acomodaron el codo y le colocaron un vendaje pensando en revisarlo con mayor calma en un hospital. Iban camino al vestuario, cuando Luque recordó que su seleccionador, César Luis Menotti, ya había agotado las sustituciones. En un impulso rogó a los médicos que le permitieran volver a la cancha, que no podía abandonar a los suyos con diez hombres. Regresó trabando la quijada y deseando que ese martirio terminara. Por la noche, la molestia incrementaba. Su compañero Jorge Olguín tuvo que ayudarlo a cambiarse de ropa.

A la mañana siguiente, en la Quinta Salvatori, sede de la concentración, lo despertaron indicándole que su familia lo visitaba. Luque lo atribuyó a que estaban preocupados por su lesión y se preparó para tranquilizarlos. Al notar a la distancia a su madre llorando entró en total desconcierto. Entonces escuchó las palabras como un mazazo directo a la cabeza. **Su hermano menor, Óscar, había muerto la madrugada anterior en un accidente de tránsito.**

Al no conseguir sitio para trasladarse en autobús desde Santa Fe para ver el partido frente a Francia, en el estadio en Buenos Aires, el jovencito había solicitado a un vecino, que estaba por salir, que lo llevara. Trágico destino de ese coche en una madrugada de neblina. Al salir de una curva sucedió lo peor.

Decidieron no avisar a Leopoldo ese mismo martes, en el que jugaba, para evitar distraerlo. No obstante,

para el miércoles no quedaba más remedio que compartirle la fatídica noticia y, por ello, llegaron tan temprano al búnker albiceleste. Menotti, con su tono solemne y, como acostumbraba, siempre hablando de usted a sus dirigidos, lo conminó a que se desplazara con su familia a Santa Fe. Dándole libertad para hacer lo que quisiera, le recalcó la importancia que tenía para su equipo.

Tocaba seguir desde casa y de luto el encuentro contra Italia en el que, desde meses atrás, se visualizaba jugando. Antes de comenzar se estremeció con el minuto de silencio que el estadio guardaba en memoria de su hermano y no tardó en leer el mensaje que sus compañeros mostraban al televisor: **"Leopoldo, te esperamos"**. Sin poder dejar de llorar, su madre le pidió que devolviera el cariño recibido de ese público retornando a la selección. Así lo hizo. Se perdió por la lesión un partido más, ante Polonia en la segunda fase, pero llegado el duelo contra Brasil aseguró a Menotti que estaba listo, que el codo no lo frenaría más.

Los verdeamarelas le jalaban el brazo en clara artimaña para llevarlo al límite. Luque aguantó todo en un muy ríspido clásico sudamericano que se saldó sin anotaciones. Para el cotejo con Perú, Argentina estaba obligada a golear a fin de revertir los goles de diferencia del propio Brasil. De otro modo, serían sus detestados vecinos quienes accedieran a la final.

A perpetuidad flotarán sospechas sobre esa goleada: si hubo amaño, si los peruanos cooperaron, si el arreglo se dio desde la Junta Militar que gobernaba desde la Casa Rosada. Como sea, Argentina hizo su tarea, 6-0, con doblete de Luque que dedicaba al cielo la celebración.

En la final se encontraba con un futbolista en similar situación. Johan Neeskens, el líder del conjunto neerlandés dada la renuncia de su tocayo Cruyff a ese Mundial, llevaba jugando más de una semana con dos costillas rotas. Un choque en la primera ronda, ante Escocia, había hecho que se perdiera dos partidos. Para reaparecer le colocaron un apretado vendaje, cual corset, además de numerosas inyecciones buscando disminuir lo más posible el dolor.

Así que ese 25 de junio de 1978 se paraba de un lado de la cancha un muchacho con el codo luxado y del otro un joven con costillas fracturadas.

Duelo muy físico y extenuante que llegó a tiempos extra, el capitán argentino, Daniel Pasarella, no dudó en golpear a Neeskens en su zona lastimada, así como los naranjas probaban arremetiendo contra el brazo derecho de Luque.

En la prórroga, cuando la albiceleste ya había tomado la ventaja que conservaría, un defensa de Países Bajos (algunas fuentes aseguran que Ernie Brandts), impactó el rostro de Luque con el antebrazo. Lo recostaron con el ojo morado y la nariz abierta, pero era tal la cantidad de sangre descendiendo que el jugador sintió que se ahogaba. De nuevo se negó a dejar la cancha.

Ensangrentado corrió como enajenado en los minutos finales.

Al silbarse el final y consumarse la primera coronación argentina de la historia, se abrazó a Alberto Tarantini, manchando también su casaca de rojo (por ello, muchos erraron suponiendo que su compañero tuvo alguna herida en la final).

Demasiados dolores para Luque en ese junio de 1978, aunque ninguno como el que llevaba en el interior. No quiso participar en los festejos del título. De inmediato viajó a su casa en Santa Fe y, ya como campeón del mundo, al fin pudo llorar la pérdida de su hermano abrazado de su gente.

Leopoldo Jacinto Luque moriría en febrero de 2021, víctima de la pandemia de COVID-19.



UN ATROPELLO EN SEVILLA



ESPAÑA 1982



No hace falta hurgar demasiado en el pasado para encontrar motivos que justifiquen la agria rivalidad entre franceses y alemanes. Desde los choques entre tribus galas y germánicas, 2 mil años atrás, descritas por Julio César en su *De bello Gallico*, hasta invasiones, guerras, ocupaciones y territorios arrebatados sin freno en el último siglo y medio.

Pese a ello, cuando las selecciones de Francia y Alemania Federal perdieron sus respectivas semifinales en el Mundial de Suecia 1958, no se le dio relevancia a que, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, se enfrentarían. Acaso por las pasiones menores que despierta el duelo por el tercer lugar, el asunto es que se vieron las caras en Gotemburgo en un cotejo que terminó con victoria 6-3 para los galos, Just Fontaine marcando cuatro goles para catapultar su récord hasta los trece en el torneo... y poco más que relatar, todo tan frío como el estadio que registró la mitad de su aforo.

Hubo que esperar 24 años para que estos dos equipos al fin reflejaran en la cancha la muy tensa historia que comparten. Para dimensionar el carácter mítico de lo sucedido en la semifinal de ese 8 de julio de 1982, a la fecha los alemanes le llaman **Nacht von Sevilla** y los franceses **Nuit de Séville** (La noche de Sevilla).

Noche en la que, en medio del partidazo, emergió una de las jugadas más violentas que los mundiales de fútbol hayan presenciado.

Violentas y, como se verá, absurdas, dado el penoso comportamiento del árbitro.

Alemania Federal tuvo que dejar en la banca al mejor futbolista europeo del momento, Karl-Heinz Rummenigge, ganador del Balón de Oro en 1980 y 1981. El crack se había lesionado los isquiotibiales cuatro meses antes en una eliminatoria europea disputada con su club, el Bayern Múnich. Pese a la intensidad de los dolores, ni el Bayern ni la selección teutona priorizaron su integridad otorgándole reposo, temporada en la que totalizó 61 partidos. Años después, Kalle admitiría que llegó al Mundial drenado, apenas pudiendo desempeñarse por debajo del 50 o 60 por ciento de su capacidad. Un verano en el que recibiría más de treinta inyecciones.

Tras jugar completos los dos primeros choques (anotando cuatro goles), Rummenigge fue sustituido en el siguiente con evidente rostro de dolor. En la segunda fase se aseguraba que no estaría disponible, mas de nuevo se forzó la máquina para que alineara y, finalmente, en el cotejo ante el anfitrión España ya no resistió más.

En el peor momento, la Mannschaft se resignaba a quedarse sin su capitán: nada menos que en la semifinal y contra la generación dorada de Francia.

Desde la banca vio a los suyos tomar ventaja con tanto de Littbarski, aunque antes del descanso igualó Michel Platini, el aspirante al trono de Rummenigge como mayor estrella europea. Vinieron minutos trepidantes, alta tensión con remates y oportunidades de los dos bandos.

Al minuto 50, Michel Hidalgo, el DT francés, mandó un cambio. **Patrick Battiston**, compañero de Platini en el campeón Saint Etienne, por el mediocampista Bernard Genghini. Seis minutos después, el gran entendimiento entre Platini y Battiston trajo frutos. Michel envió un servicio al hueco por el que picaba Patrick solo entre los dos defensas centrales. Justo al entrar al área, cuando iba a impactar el balón, alzó la cara y vio venir a máxima velocidad al guardameta alemán, Harald Schumacher.

Alcanzó a tocar tras un bote y entonces se vio arrollado por el portero rival, quien había saltado de lado directo hacia su humanidad.

Battiston cayó como costal, mientras el esférico se escurría dramáticamente fuera del arco. Trésor y Rocheteau, los elementos franceses que estaban más cerca, se olvidaron de exigir algo al silbante, angustiados al descubrir inconsciente a Battiston. Platini le buscaba el pulso al pensar que había muerto.

Por su parte, Schumacher mascaba chicle con tranquilidad y se disponía a sacar de meta como si nada hubiese acontecido. Las asistencias médicas no llegaban. Didier Six gritaba a su banca que urgía ayuda. En cuanto se colocó oxígeno a Battiston, Alain Giresse se aproximó al árbitro, el neerlandés Charles Corver, conminándolo a expulsar a Schumacher y marcar el obvio penal. Para estupefacción del planeta, nada se sancionó. Todo el trayecto de Battiston en camilla hacia fuera de la cancha fue con Platini sosteniendo la mano derecha.

Luego se sabría que perdió dos dientes, tuvo tres costillas fracturadas y sufrió daño en la columna vertebral.

El cotejo reanudó y las acciones claras no pararon. Pareció un milagro que se mantuviera el empate a uno. Sólo abrir los tiempos extra, Trésor adelantó a Francia y Giresse incrementó con un golazo: 3-1. En el banquillo alemán comprendieron el momento como una especie de vidrio con la leyenda "rómpase en caso de emergencia": ignorando el consejo médico, Rummenigge irrumpió como relevo... y pronto anotó el 3-2, que Klaus Fischer convirtió de chilena en 3-3.

Por primera ocasión en la historia, un duelo mundialista se dirimiría en serie de penales. Francia se sintió en la final al ser atajado el envío de Uli Stielike, pero al siguiente cobro falló Six. Platini y Rummenigge cerraron la tanda con acierto. Vendría muerte súbita. Schumacher, el que debía llevar ya una hora en las regaderas por su inobjetable expulsión, repelió y puso a su selección en la final.



Al serle preguntado por la entrada a Battiston, respondió con sorna que él podía ocuparse del costo del tratamiento dental. Una vez que enterado del daño causado, acudió al hospital para ofrecer disculpas a un futbolista que no jugaría en seis meses. Justificó su poco empática reacción inicial con estas palabras:

"Odio cometer errores. Si hubiese pedido perdón de inmediato y mostrado arrepentimiento, habría sido como admitir un error".

Un par de días más tarde, Rummenigge exclamaba que jugaría la final aunque fuera sobre una sola pierna... y casi lo cumplió. Sin explosividad, sin ritmo y sin velocidad, inseguro, a ratos con semblante de suplicio por las molestias en el muslo, lo sustituyeron hacia el minuto 70, cuando el título lucía remoto, desventaja de 2-0 que terminó en 3-1 para la coronación italiana.

Cuatro años después, Kalle volvió a llegar lesionado al Mundial, problema que ya era crónico. Fue suplente en varios partidos del torneo en México, con procesos de rehabilitación tan extremos que continuaban a las dos de la madrugada.

Se especula que su retiro en 1988, antes de los 34 años, se precipitó por la falta dosificación y tiempo para sanar.

En el Mundial de 1986 estuvo de nuevo junto a él, Harald Schumacher. Tan reacto a cambiar su estilo de juego o medir sus entradas que, a días de comenzar el certamen, el portero lesionó a su compañero Matthias Herget en un entrenamiento en Morelia. Su seleccionador, Franz Beckenbauer, lo criticó aseverando que esa feroz barrida habría sido difícil de comprender incluso en un duelo competitivo, ya no decir en un interescuadras. Como sea, no le quitó la titularidad.

Se volvieron a topar con Francia en semifinales. Para entonces ya era una rivalidad deportiva acorde con la histórica, la población francesa había elegido a Schumacher como la persona más odiada del país, **primera vez desde 1945 en que no acaparaba la mayor votación Adolf Hitler. Como en 1982, Alemania Federal accedió a la final.**

EL ÚLTIMO TREN DEL PELÉ BLANCO

 **MÉXICO 1986**



En la eternidad se repite sin cesar ese instante: **Arthur Antunes Coimbra**, conocido como **Zico**, esperando el silbatazo del árbitro para cobrar el penal frente a Francia en cuartos de final del Mundial de 1986. Estaba en el mismo estadio Jalisco en el que Brasil se lanzara a su último título mundialista, en 1970, con Pelé portando el número diez heredado a Zico.

El ciclo parecía perfecto. Pelé dejó a la **verdeamarela** en 1971, justamente el año en el que emergió con el Flamengo ese adolescente flacucho de cabello rubio, reivindicación absoluta del **jogo bonito** patentado en esa tierra. Por ello, el apodo de “Pelé blanco”.

Zico fue a la Copa del Mundo de 1978 con 25 años. Pese a que ese Brasil no se metió a la final sólo por la controvertida goleada de Argentina a Perú, el crack no disfrutó de ese torneo. Contagiado por el éxito de la denominada Naranja Mecánica de Países Bajos en esos años setenta, Brasil apostó por un juego más físico, ajeno a su cultura futbolística. Además, una serie de molestias musculares terminaron confinándolo a la banca.

Cuatro años más tarde, en España 1982, todo lucía distinto y la estética del **Scratch** alcanzaría tales niveles como para compararlo con la era de Pelé. Zico comandó una sinfónica que incluía a virtuosos como Sócrates, Toninho Cerezo, Dirceu, Éder y Falcao. Al ser eliminados por Italia, Sócrates declaró orgulloso: “¿Perdimos? Mala suerte y peor para el fútbol”, discurso al que se unió su seleccionador, Telé Santana:

“Prefiero perder jugando un fútbol bonito que ganar jugando mal”.

1986 pintaba como el instante definitivo de esa generación. Entre 1983 y 1985, Zico tuvo un breve periplo por la liga italiana, su clase deslumbrando entre esquemas muy conservadores. Regresó a casa, al Flamengo, pensando en el siguiente Mundial. Si en parte se marchó del Udinese fastidiado de recibir tantas patadas, su vuelta a Río de Janeiro resultó mucho peor.

El 29 de agosto de 1985, en un duelo ante el Bangu, el defensa Márcio Nunes se barrió de forma siniestra, impactando con perversidad no solo en una, ¡en las dos piernas de Zico! A simple vista, la extremidad derecha, la mágica al tocar el balón, evidenciaba mayor daño con los tachones marcados en la espinilla, pero el verdadero dolor estaba en la izquierda, fija en el pasto al momento de la agresión.

El reporte médico apuntaba a lesión múltiple: tobillo, peroné y ligamentos de rodilla.

En el mismo vestuario del estadio Maracanã, del que continúa siendo máximo goleador histórico, su zurda era inmovilizada y el Mundial peligraba.

La primera microcirugía fue de rodilla, atendiendo al cartílago y pretendiendo posponer el problema de ligamento. En cuanto al tobillo, era un esguince de elevada gravedad. Se hizo necesaria una segunda intervención de rodilla, abriéndose un largo periodo en el que el futbolista viviría en rehabilitación y apenas jugaría. En febrero reapareció anotando tres goles con el Flamengo, mas vino una recaída. Con Brasil jugó de nuevo en abril y otra vez debió parar.

A días de anunciarse el plantel brasileño, Telé Santana tenía a tres cracks en el alambre. Fueron descartados dos lesionados: Toninho Cerezo de isquiotibiales y Dirceu de la rodilla. Zico pidió a su DT que no lo convocara, aunque de algún modo lo convenció de intentarlo, insistiendo que a los 33 años sería su última oportunidad.

Eso implicó que pasara toda la concentración entrenando solo, lejos de sus compañeros, buscando fortalecer esa zurda tan indispensable como la prodigiosa diestra: sin solidez en el apoyo, imposible rematar con la impecabilidad acostumbrada de su derecha. Acumulaba tantas horas en la bicicleta, afán de los médicos de amurar los ligamentos con suficiente musculatura, que decía con sarcasmo que se preparaba para el Tour de Francia y no para el Mundial de México. En un amistoso previo, ya en Guadalajara, incursionó como cambio y anotó un gol al club Bachilleres de segunda división. Surgió un moderado optimismo.

Debutó en el certamen mundialista como relevo y hasta el tercer duelo. El plan de Telé Santana era utilizarlo alrededor de veinte minutos por partido, más o menos lo que la rodilla le permitía. Así sucedió en octavos cuando la eliminatoria contra Polonia ya estaba zanjada.

Para cuartos de final esperaba la selección francesa. Careca adelantó a Brasil, pero antes del descanso Platini igualó. Al minuto 72, el estadio Jalisco rugió en ovaciones al observar que Zico ingresaría al campo. 84 segundos más tarde, Branco recuperó un balón y entregó a Zico pegado al círculo central, quien condujo un trecho hasta patear, de tres dedos, una pelota perfecta al propio Branco entrando al área. Al eludir al guardameta Joel Bats, le cometieron una clara falta. Alemão se abrazó a Branco en el césped como si el gol ya estuviese garantizado.

Sócrates, el ejecutor de penales ante la ausencia de Zico, colocó la esférica en el manchón y giró el rostro hasta encontrarse con el Pelé Blanco, jugador con uno de los récords de mayor asertividad de la historia desde los once metros. Una mirada plena en confianza bastó para que el barbón Sócrates se alejara. Branco se aproximó y dijo algo al oído de Zico.



El árbitro pitó. Disparo débil a la derecha que rechazó Bats. El primero en consolarlo fue un rival, Michel Platini.

El partido se extendió a tiempos extra. Sin remedio, los aconsejables 20 minutos de Zico se convertirían en 50. Culminó la prórroga con empate a uno.

Sócrates, otro fenómeno cobrando penales y además titulado en la Faculdade de Medicina de Ribeirão Preto, abrió la tanda. El doctor erró. Por segunda ocasión en la jornada, tocó turno a Zico. **Ahora sí anotó y se encaminó hacia la media con evidente cojera, la rodilla izquierda un tanto inflamada.** Cierta confusión afloró con el penal de Bruno Bellone, metiéndose tras rebotar del poste a la espalda del meta brasileño, aunque el silbante aplicó bien el reglamento al conceder el gol. Branco la puso adentro y quedó todo en los pies de Platini, quien llorara la eliminación cuatro años antes precisamente en tanda de penales. Si el diez francés atinaba, les bleus se imponían. Besó el balón... y la voló, tercer artista que fallaba ese día. En muerte súbita, Bats repelió el tiro de Julio César y Luis Fernández engañó a Gallo, otorgando el pase a Francia.

Se escapaba el último tren mundialista del Pelé Blanco. Concluido el torneo, lo operaron en el Hughston Sports Medicine Hospital de Estados Unidos. Reconstrucción de rodilla que lo dejó fuera de circulación casi un año.

En cuanto a Márcio Nunes, quien lo lesionara en 1985, viviría amenazado de lo peor por los aficionados y con sus hijos instados a no decir en el colegio que su padre era el enemigo público número uno del país. En 1988 recibió una brutal entrada que le fracturó la rodilla. Mientras lloraba recostado en la camilla, el comentarista del partido espetó con solemnidad:

“Márcio sale de la cancha y comienza a comprender el sufrimiento de Zico”.

Ya no se recuperó. A los 24 años se retiró.

Zico alargaría su carrera hasta los 41 años, convirtiéndose en símbolo máximo de la recién fundada liga japonesa con el Kashima Antlers.

EL CISNE DE CRISTAL



EUA 1994



Desde fines de los años ochenta, se visualizaba el verano de 1994 como la cúspide en la carrera de **Marco van Basten**. Según la lógica más elemental, para entonces tendría 29 años y sus incommensurables cualidades técnicas e inteligencia se complementarían con la más total plenitud física. Además, la experiencia le permitiría ejercer el liderazgo esperado de una estrella que, antes de ese torneo mundialista, ya acumulaba tres Balones de Oro y honraba su apodo a cada estético remate: El cisne de Utrecht.

Por todo ello, el Mundial a disputarse en Estados Unidos tenía que representar su momento máximo. Las lágrimas vertidas en su niñez por las derrotas de Países Bajos en las finales de 1974 y 1978, sanarían ahí, dando él a su selección lo que la generación que le precedió estuvo tan cerca de consumir: la copa FIFA. Lágrimas puestas en perspectiva tras vivir una tragedia que lo marcaría, cuando muy pequeño vio morir a su mejor amigo. Ese horrible día en el que jugaban en un lago congelado y se abrió la porción de hielo sobre la que se paraba Jopie. A simple vista, la reivindicación derivaba del pasado de esa selección perdiendo al límite dos títulos. En realidad, poseía un carácter mucho más traumático: era por Jopie, quien, Marco aseguraba, jugaba mucho mejor que él.

Sin embargo, ese anhelado año de 1994 empezaba sin que van Basten fuera capaz ya no de jugar algunos minutos o entrenar como deportista profesional... ni siquiera lograba caminar, obligado a gatear cuando necesitaba ir al baño. En sus memorias relata que contaba los agónicos segundos de la cama al inodoro en una lucha por distraerse del dolor que suponía ese minúsculo desplazamiento. Increíblemente, el crack que dejaba atrás a todos los rivales al acelerar al área, se resignaba a demorar un par de minutos para arrastrarse unos metros por su habitación.

¿Cómo comenzó a descender en una espiral de sufrimiento que lo hizo jugar tanto tiempo con dolor?

Viajamos al 7 de diciembre de 1986. Tenía 22 años. Se le veía como la mayor promesa del fútbol europeo. Lo dirigía en el Ajax el ídolo de su infancia, Johan Cruyff. Una tarde fría en el estadio Oosterpark enfrentando al Groningen. Disputaba un balón con el mediocampista Edwin Olde Riekerink. Barrió con fuerza para quedarse la pelota. De inmediato sintió una intensa punzada en el tobillo derecho. Era el colmo. **Lesionarse no al ser golpeado por un malencarado defensa, sino cuando él se había lanzado con dureza por la esférica.**

Pésimo momento para frenar: con la urgencia de alcanzar al PSV Eindhoven en la cima de la liga local, la Eredivisie; con su club avanzando rondas en la copa neerlandesa; con la aspiración de conquistar la Recopa europea, Cruyff consultó al médico sobre el estado de su delantero y recibió esta respuesta: “Sí, tiene un problema, pero no va a empeorar si juega, puedes utilizarlo”.

A ese diagnóstico se agregó el deseo del crack de estar en la cancha. Cruyff acordó con Marco: “Escucha, haremos un trato. No jugarás todos los partidos y te saltarás algunos entrenamientos, pero no te perderás ningún duelo de torneo europeo, pase lo que pase, te pierdas lo que te pierdas de lo demás, vas a jugar la final de la Recopa”. Y es que la última vez que el cuadro de Ámsterdam había ganado un trofeo continental fue en 1973, con el propio Johan jugando.

Los goles dispararían todo temor de agravar la lesión. Van Basten promediaría un tanto por partido y llevaría al Ajax tanto al título de copa de Países Bajos como al de Recopa europea, en ambos casos anotando los goles de la coronación. Por cuarta campaña consecutiva (de los 19 a los 23 años) sería campeón goleador.

Marco nunca sabría hasta qué punto su carrera quedó condenada por ese instante. Tampoco repartiría culpas. Sólo diría que recibió malos consejos de los médicos, lo que contribuyó a que en el futuro todo se estropeará y el dolor ya no desapareciera.



Regresamos a ese momento. Mediados de los ochenta. Un magnate de nombre Silvio Berlusconi acaba de hacerse del AC Milan y está dispuesto a poner su fortuna para forjar una de las mayores revoluciones en la historia de este deporte. Tras adquirir del PSV al otro astro neerlandés de esa camada, Ruud Gullit, por la cifra récord de 6 millones de dólares, se fue por Marco y también lo compró. Lo mismo con un experimentado mediocampista de la Roma llamado Carlo Ancelotti.

Van Basten anotó en su debut en Italia, aunque el tobillo derecho no tardó en gritar basta. La cirugía lo dejó fuera de octubre a marzo, recuperando ritmo justo a tiempo para la Eurocopa de Naciones de 1988. La selección neerlandesa volvía a ser dirigida por el patriarca de este fútbol, Rinus Michels, el ideólogo que entrenara a la Naranja Mecánica de Cruyff en los setenta.

Oportunidad inmejorable para vengar viejas afrentas: si Países Bajos perdió la final del Mundial de 1974 en el Olympiastadion de Múnich con los alemanes, sus acérrimos rivales, 14 años después la corona europea se jugaría en ese mismo escenario.

Empezó el certamen en la banca, el maestro Rinus dosificando su tobillo. De entrada, Países Bajos cayó con la Unión Soviética. Al siguiente compromiso, frente a Inglaterra, van Basten inició. Victoria 3-0, triplete de Marco. Los orange concluirían segundos de grupo, con lo que en semifinales esperaban al anfitrión, Alemania Federal, y todos los sentimientos de revancha por la final perdida década y media atrás. Extraño destino encaprichado en repetir todo a la inversa. Los germanos se adelantaron con un penal (como los neerlandeses en 1974).

De inmediato hubo una falta en el área sobre van Basten y también de penal vino el empate a uno (como para los teutones en 1974). La voltereta la consumó el mismo atacante (idéntico marcador que en la final vengada, 2-1, pero al revés).

Los neerlandeses conquistaron el título venciendo en la final a la Unión Soviética. Van Basten asistió a Gullit para tomar ventaja y reservó para la segunda mitad una de las mayores obras de arte que el deporte haya visto. ¿Cómo luciría un soneto escrito con pies y balón? La respuesta esa jornada en el Olympiastadion de Múnich. El veteranísimo Arnold Mühren, sobreviviente del Ajax setentero de Cruyff, único enlace entre dos generaciones de figuras holandesas, mandó un largo servicio que atravesó por aire el área. Entonces Marco van Basten detuvo el tiempo. Fildeó la pelota hasta impactarla de volea e incrustarla en el ángulo desde una posición imposible. Antes de correr a abrazarlo, sus compañeros lo veían impávidos. Igual, Rinus Michels se tallaba los ojos, temeroso de despertar de un sueño. El Cisne de Utrech y su elegancia, plasticidad, ornamento.

En plena celebración, con los canales de Ámsterdam teñidos de pintura naranja, se conoció la nueva adquisición de Berlusconi para el Milan: otro neerlandés, Frank Rijkaard. La revolución no tenía freno. Ese trío resultaría decisivo para la coronación rossonera en dos Copas de Campeones de Europa consecutivas. Eso hacía de Países Bajos el rotundo favorito de cara al Mundial de Italia 1990.

No obstante, así como el tobillo sanó a tiempo para la Eurocopa precedente, ahora volvía a molestar justo al acercarse la Copa del Mundo, a albergarse precisamente en Italia.

Marco escuchó que el ligamento estaba muy desgastado y que había un problema grave en el cartílago. Se ausentó unos juegos, aunque no paró.

Su selección, para colmo, entraba en turbulencia. Cambio de entrenador. Asignaron a Leo Beenhakker como pacificador... y, lejos de eso, todo detonó.

Parte de esa autodestrucción incluía la impotencia de van Basten. Sin explosividad, sin instinto goleador, sin dominio, sin su característico remate, el bailarín que parecía levitar por la cancha ahora corría como alma en pena.

Los naranjas empataron sus tres duelos de fase preliminar (ante Egipto, Inglaterra e Irlanda). Al estar emparejados en todo con los irlandeses, un sorteo dirimió las posiciones dos y tres, relegando a los neerlandeses al tercer puesto. Eso implicaba, otra vez, enfrentar a Alemania Federal en octavos.

Reencuentro en el que los germanos ganaron 2-1, van Basten terminó sustituido y se fue del Mundial sin siquiera tirar a gol. Desde ese día se metió en su mente Estados Unidos 1994.

De vuelta en el Milan, se abrió un dilema en el cuerpo técnico. Una corriente hablaba de una nueva cirugía, otra insistía que bastaba con tratamiento conservador. Tras una mala temporada 1990-91, se impuso la idea de ejecutar una limpieza o desbridamiento. El efecto a corto plazo fue positivo: otra liga en Italia, otro título de goleador de Marco y, en el horizonte, otra Eurocopa.

Certamen en el que los naranjas defendían la corona de 1988, desde la primera ronda van Basten lució apagado y negado ante el gol. Como sea, Países Bajos avanzó a semifinales. Ahí, aguardaba Dinamarca que había tomado el sitio de Yugoslavia ante el estallido de las guerras balcánicas. Contra todo pronóstico, llegaron a tanda de penales y el fallo de van Basten eliminó a los orange.

A partir de ese momento, el tobogán no cesó. Al cierre de ese 1992, recibía su tercer Balón de Oro justo cuando una lesión enfrentando al Ancona lo condenaba a otra cirugía. Reapareció al cabo de seis meses, puntual para la final del torneo recién rebautizado como Champions League.

Tuvo que ser en el Olympiastadion de Múnich, de su consagración en 1988, donde todo terminara. Al minuto 86, el francés Basile Boli le barrió por detrás. Van Basten fue relevado sin que se comprendieran los motivos. Nadie imaginó lo que eso representaba. Entrada que propiciaría un cambio de reglamento desde la FIFA, estipulándose expulsión a quien barrera por la espalda, la por mucho tiempo denominada “Regla van Basten”.

Hubo debate en el cuerpo médico del Milan. Un ortopedista explicó que debía limpiar el cartílago, otro replicó que la pequeña y susceptible porción que quedaba ya no soportaría esa cirugía. Ante la promesa de que regresaría a las canchas en dos meses, lo intervinieron en St. Moritz, Suiza. Nunca más volvió a jugar.

El Mundial 1994 que pintaba como su pináculo no sería para él. Su compañero de mil batallas, Ruud Gullit, dejó al plantel por diferencias con el entrenador. Marco, iluso, suplicó que lo llevaran en su sitio, mas el AC Milan le externó con sinceridad que su tobillo no estaba en condiciones.

No para eso, no para golear, no para caminar, en ese periodo cercano a EUA 1994, se dio el lacerante episodio cuando el otrora crack ya no podía ir al baño más que a gatas.

El 18 de agosto de 1995, cumpliendo dos años sin jugar, anunció formalmente que se retiraba. Su reflexión, al ser aplaudido con vítores por la afición milanista, hiela la sangre: **“Algo había cambiado. Algo fundamental. El fútbol había sido mi vida. Había perdido mi vida. Ese día moría como futbolista. Asistí como invitado a mi propio funeral”.**

IL MIRACOLO BARESI



EUA 1994



Italia se asomaba al precipicio justo a un costado del río Hudson por el que, desde fines del siglo XIX, millones de inmigrantes de este país entraron a Nueva York buscando el sueño americano.

Aunque lo del jueves 23 de junio de 1994, en el antiguo Giant's Stadium, pintaba más bien a pesadilla americana. Cinco días antes, en su debut en dicha Copa del Mundo, la **squadra azzurra**, tercera favorita al título según los momios, perdió a manos de Irlanda.

Ahora enfrentaba a Noruega con inferioridad numérica desde el minuto 21. Su guardameta, Gianluca Pagliuca, había sido expulsado tras una mano fuera del área que evitó un gol en contra. El seleccionador, Arrigo Sacchi, echó ojo al reloj y con semblante resignado tomó una decisión que escandalizó al planeta: el sacrificio para dar acceso al portero suplente, Luca Marchegiani, sería nada menos que su crack máximo, Roberto Baggio.

El séptimo círculo del infierno de Dante Alighieri estaba todavía por consumarse. Al comienzo del segundo tiempo, el noruego Oyvind Leonhardsen tenía todo para recibir un pase al hueco y enfilar al arco italiano. Para impedir que eso sucediera, el capitán italiano, **Franco Baresi**, barrió providencialmente cortando el servicio. El pulso cardíaco no terminaba por regresar a los **tiffosi** cuando notaron a su veterano defensa, único sobreviviente del plantel campeón mundial en 1982, apretando la mano desde el muslo hasta la rodilla derecha. Se tocaba como si desease restituir con el tacto el daño que, sospechaba, existía bajo la piel.

Con gesto de agonía, Franco intentó flexionar. Le resultó imposible. Dignidad al límite, no se tiró al césped, no gritó, no lloró.

Con entereza señaló al exterior y, admitiendo que no podía continuar, se dirigió renqueante a la línea de banda. Mientras era sustituido por Luigi Apolloni, el doctor Andrea Ferretti lo atendió a un costado del círculo central. Los dos sabían que no se trataba de una lesión menor. En medio de sus cavilaciones, una buena: Dino Baggio anotaba de cabeza y los italianos vencían a Noruega.

La radiografía reveló rotura de ligamentos. La lógica dictaba que el último Mundial de Baresi culminaba en ese instante. Las llamadas desde Milán, donde jugaba el defensor, no cesaban. Los médicos del club lombardo pedían posponer la intervención hasta ser revisado a detalle. Incluso entró en la conversación Silvio Berlusconi, propietario del equipo rossonero y recién elegido primer ministro del país desde un partido político, lo llamó como el grito de aliento de la selección nacional: **Forza Italia!**

Luego de acalorados debates y la insistencia del defensa, renuente a perder más tiempo viajando a Europa, se autorizó que fuera operado por el doctor Elliot Hershman en el Lenox Hill Hospital de Manhattan.

A las cinco de la madrugada del sábado, a unas horas de la cirugía, el Dr. Ferretti era despertado por Baresi, suponiendo que necesitaba algo. Franco repitió que sí necesitaba algo... y con urgencia: irse del sanatorio, eludir el tráfico neoyorkino y arribar a la brevedad a la concentración italiana. ¿Por qué la prisa? Porque como capitán que era, se sentía obligado a dirigirse a sus compañeros y detallar de viva voz su situación. Saludó uno a uno mientras bajaban a desayunar en el Somerset Hills Hotel de Nueva Jersey. Esperó a que todos estuvieran reunidos para detallar que, pese a tener los meniscos recién operados, si llegaban a la final, en tres semanas, él consumaría el milagro de recuperarse para estar de vuelta. Miembros del cuerpo técnico lo tomaron por iluso y pensaron que lo ideal era que se enfocara en reaparecer en septiembre, al inicio de la nueva temporada.

Alguno le recordó que ya no era un niño, que tenía 34 años. Baresi cerró los oídos y se puso a trabajar.

Contra toda la evidencia científica, contra todos los pronósticos, contra todos los casos anteriores que había atendido, Ferretti le creyó. Cómo no hacerlo con lo vivido juntos cuatro años antes, en el Mundial de 1990. Franco se lastimó el brazo en una horrible caída en el debut frente a Austria. Cuando el mismo doctor iba a pedir la sustitución, Baresi lo frenó. Nada de salir. Continuó jugando hasta el silbatazo final. Horas después, los rayos X confirmaron la fractura de codo. El médico fue conminado por el paciente a que nadie sabría de esa lesión. Baresi jugaría absolutamente todos los minutos del torneo hasta la disputa del tercer lugar.

En la cabeza de ese titán no cabía la palabra claudicar.

Quizá eso venía desde la adolescencia, cuando su carrera como promesa milanista estuvo en vilo al contagiarse de estafilococo. Por varias semanas los antibióticos no vencían a la bacteria y el dolor al caminar lo orilló a una silla de ruedas. Quizá eso venía de la fatalidad experimentada en la adolescencia. A los 14 años perdió a su madre víctima de cáncer, a los 16 a su padre al ser atropellado. Huérfano tan pronto, la primogénita Lucía ejercería de jefa de la familia y criaría tanto a Giuseppe, el segundo más pequeño (futura leyenda del Inter), como a Franco, el menor (futura leyenda del Milan).

Dos días después de la cirugía se puso en pie y se entregó a la rehabilitación con inusitada energía. El plantel viajó a Washington para enfrentar a México y los esperó trabajando en solitario. 1-1, avanzaban a la segunda fase de panzazo, como terceros de grupo. En octavos de final iban contra la sensación de la ronda preliminar, Nigeria. Agónica victoria 2-1 en el despertar de Roberto Baggio, empatando en los últimos segundos y luego definiendo en tiempos extra. Los recibió con aplausos. En cuartos tocaba una gran España en Boston, de nuevo triunfo 2-1, polémica incluida por el codazo de Mauro Tassotti a Luis Enrique, fracturándole la nariz sin que el árbitro marcara nada. Ante la puerta del hotel, Baresi como comité de bienvenida. Semifinales frente a Bulgaria, doblete de Baggio y los italianos estaban en la final, **il capitano** celebrando el boleto a la final desde el palco.

Los festejos se entremezclaron con preparativos para el viaje de costa a costa, de Nueva York a Los Ángeles, el más largo que selección alguna hubiese hecho en pleno Mundial (algo injusto, su rival, Brasil, venía de jugar la semifinal en la misma sede de la final, Pasadena).

En California, Baresi se reintegró de lleno al equipo. Hubo vacilaciones sobre si resistiría. Arrigo Sacchi, quien lo había dirigido durante cuatro años en el AC Milan, lo conocía como nadie, aunque inevitable dudar. La solidez de Franco en los dos últimos entrenamientos dispó toda interrogante.

Un par de medios de comunicación italianos dieron a conocer que se analizaba el regreso del capitán para la final. Sonó a ciencia ficción. Imposible creerlo. El calendario marcaba que era 15 de julio y Baresi había sido operado de fractura longitudinal de menisco el 24 de junio, exactamente tres semanas atrás.

El día de la final madrugó para que lo sometieran a nuevas pruebas. Si Arrigo Sacchi no lo tenía del todo claro, el aliado de mil batallas de Franco en el Milan, Paolo Maldini, le aseguró que si se estaba ofreciendo para jugar era porque podía jugar.

La alineación italiana se dio a conocer a 80 minutos de la final. La noticia corrió como reguero de pólvora. Con el número seis, titular, portando el gafete, Baresi.

Partido de máxima exigencia. Sensación térmica mayor a 37 grados, todo agravado por disputarse al mediodía a fin de acceder a horario estelar en la televisión europea.



Baresi lució imperial. La dupla maravilla de ese torneo, Romario y Bebeto, lucía nulificada.

Terminaron los noventa minutos sin goles. Al inicio de los tiempos extra, Franco tuvo indicios de calambres. Al acercarse Maldini con rostro de preocupación, le explicó en un murmullo: "no me recuperaré tan rápido para abandonar. ¡Sigo!". Le pidió atendiera su zona por unos segundos en lo que se reestablecía. Así hizo. Culminó la media hora de la prórroga.

Por primera vez una final sin goles, por primera vez el trofeo se dirimiría en serie de penales.

Antes de que Sacchi preguntara quién se sentía confiado para tirar, levantó la mano. Él se ocuparía de abrir la tanda. Con las calcetas azules rebajadas, movió los pies buscando soltarlos. No se inmutó en los movimientos del portero Claudio Taffarel, al que conocía bien por jugar en el Parma italiano. Enfiló convencido al manchón penal y disparó, pero impactó muy abajo. Ante un arquero ya tendido y engañado, la pelota elevó demasiado y escapó a la grada.

Baresi se tiró de rodillas al piso, se sostuvo la cabeza con aprehensión.

Taffarel, lejos de celebrar algo que podía representar el título mundial, acudió a consolarlo. Pagliuca lo sostuvo por la espalda, le dijo que él lo resolvería. Así fue, atajó el envío de Marcio Santos. La pifia del capitán estaba remediada. 120 minutos y dos penales después, eso se mantenía en ceros. Anotaron los siguientes cuatro lanzadores, Albertini, Romario, Evani, Branco. Tocó turno a Massaro. Taffarel repelió. En la banca un adolescente Ronaldo, sin haber jugado un minuto, apretaba las manos y miraba al cielo. Dunga acertó y puso la presión sobre Roberto Baggio, quinto cobrador **azzurro**, obligado a concretar. En el palco de honor, Pelé, con una corbata con el diseño de la bandera estadounidense, levantó el puño: nunca, desde su época, Brasil había ganado la copa.

Como si calcara la ejecución de Baresi, Baggio enfiló con seguridad al balón, engañó a Taffarel que se tendió a su izquierda... y, ante el marco abierto, la voló.

La **verdeamarela** era campeona del mundo. Sus jugadores corrían y saltaban, formaban pirámides humanas. Carlos Alberto Parreira, el seleccionador, se abrazaba del eslabón con el pasado de gloria, su asistente, Mario Lobo Zagallo.

Toda la energía se esfumó del cuerpo de Baresi que, al borde del desvanecimiento, drenado y deshidratado, ahora sí con dolores en cada articulación de su cuerpo, ahora sí con la rodilla recordándole lo que había penado, encabezó a sus compañeros para recibir la medalla de segundo lugar.

El Dr. Ferretti lo invitó a apoyarse en su hombro para salir de la cancha. No aceptó. En vez de irse debía ocuparse del más desconsolado de sus compañeros, Roberto Baggio. Lo apretó y no lo soltó hasta llegar al vestidor.

Una de las mayores epopeyas que el deporte había visto, terminaba así. Tan cerca, a centímetros, de la gloria. **Cual tragedia griega. El milagro de Baresi, como sea, existió.**

UNA RODILLA MALDITA



COREA-JAPÓN 2002



En algún momento, en 1998, se popularizó una imagen publicitaria de **Ronaldo Luis Nazario de Lima** abriendo los brazos en el festejo de un gol y transformándose, para escándalo de la iglesia, en el Cristo Redentor del cerro de Corcovado en Río de Janeiro.

Tenía apenas 21 años y ya era, sin lugar a discusión, el mayor crack del planeta. En los cuatro años transcurridos desde el Mundial de 1994, en el que no disputó un solo minuto, había sucedido demasiado: lo adquirió el PSV Eindhoven con el que estalló como el mejor delantero de la liga neerlandesa y, en su segunda temporada, sufrió su primera lesión grave de rodilla derecha, tendinitis que le impidió participar en 26 duelos; el Barcelona lo convirtió en el fichaje más caro de la historia y respondió elevándose a máximo goleador de España; el Inter pagó su cláusula de rescisión rompiendo por segunda vez el récord de futbolista más caro y levantaría en Italia su primer Balón de Oro.

Cuatrenio tan mágico que, a días de iniciar el Mundial de 1998, se atrevió a declarar que anotaría trece goles en el torneo, cifra con la que se proponía alcanzar la histórica marca de Just Fontaine en 1958 y, de paso, dedicar un tanto a cada familiar que viajaba para alentarlo en Francia.

Su actuación fue buena, aunque muy lejos de la productividad prometida. Llegó a la final acumulando cuatro goles. Y entonces, la mañana del 12 de julio, el hombre que personificara en un anuncio al Cristo Redentor, empezó su muy particular viacrucis.

Nunca se develará el enigma de cuanto aconteció en la concentración verdeamarela en el Château de Grande Romaine de Lésigny, 36 kilómetros al sureste de París. Se conoce que a unas siete horas del partido, su compañero de habitación, el lateral Roberto Carlos, lo descubrió convulsionándose y gritó suplicando auxilio. De inmediato, emergió el cuerpo médico del equipo sin noción de qué esperar y lo llevaron a la parisina Clinique des Lilas, donde le efectuaron numerosos análisis sin detectar nada. Mientras eso sucedía, la selección se desplazaba al **Stade de France** sin él y sin saber sobre él. El primer síntoma evidente de que algo estaba mal se dio cuando el equipo brasileño no salió a calentar. Los periodistas quisieron interpretarlo como una estrategia brasileña para no intimidarse ante el público hostil (recordemos que enfrentaban al anfitrión, Francia). A las 19:48, a 72 minutos de la final, estallaba la noticia bomba: el suplente Edmundo iniciaría en el ataque junto a Bebeto y Rivaldo, Ronaldo no figuraba en el once. Media hora después se entregaba una nueva alineación en la que ya aparecía el nombre de Ronaldo, devolviendo a Edmundo a la banca... aunque el crack jugaría el hasta entonces cotejo más trascendente de su vida con rostro apagado, de ausencia, ajeno al frenesí que lo rodeaba.

El torneo culminó con derrota del **Scratch**, lapidario 3-0, mas el misterio seguiría. El congreso de Brasil iniciaba audiencias para dilucidar si un patrocinador obligó a que alineara Ronaldo bajo condiciones inadecuadas, ante lo que el médico verdeamarela, el Dr. Lidio Toledo se sinceró:

“Imagínense que impido a Ronaldo jugar la final y perdemos. En ese momento tendría que mudarme a vivir al Polo Norte”.

El astro abrió la temporada 1998-99 haciendo goles para el Inter y reacio a referirse a lo vivido unas semanas antes en el Mundial. Comenzaron los problemas musculares. Estuvo fuera 41 días y sus partidos totales mermaron junto con su cifra goleadora. Su campaña cerró acudiendo con Brasil a la Copa América 1999 en Paraguay y ahí, justo cuando se cumplía un año de su enigmática tarde parisina, volvió a sonreír, siendo determinante para la coronación.



Por ello, la temporada 1999-2000 se planteaba como la de su retorno a la cima, compartiendo ataque en el Inter con el recién llegado Christian Vieri. El 21 de noviembre de 1999 todo colapsó. En compromiso de la Serie A, el Inter goleaba con total comodidad al Lecce, cuando su 9 recibió un balón cerca del semicírculo central.

Se estiró para anticipar, tocó la pelota a un costado y frenó. No se desplomó. Simplemente alzó la mano y entraron a revisarlo. La cámara lenta mostraba un movimiento antinatural de su pierna derecha, pero su salida de la cancha a pie de algún modo moduló los temores.

En el vestuario lo tocó su fisioterapeuta, Filé Petrone, y asumió que el daño era supremo.

Horas más tarde se anunciaba que Ronaldo se había roto el tendón de la rodilla derecha y estaría ausente de las canchas por un largo periodo.

Sería operado en el Hôpital La Pitié-Salpêtrière de París (otra vez París!) por el Dr. Gérard Saillant. El mismo especialista que meses antes revisara esos tendones, tanto en la rótula derecha como en la izquierda, y advirtiera que la degeneración era relativamente grave, aunque sin sugerir entonces cirugías. El futbolista del nuevo milenio entraría al año 2000 en muletas.

Cinco meses después, el mundo se alegraba con las imágenes de Ronaldo entrenando cada vez con más intensidad. Antes de tomar decisiones, el Inter lo mandó a una profunda revisión con Saillant, consultando para cuándo podría utilizarlo. Se planteaba mediados de abril, la final de copa, o fines de mes, el clásico de liga contra Juventus.

El médico aseveró que en la final de copa le podían conceder media hora y así llegamos al 12 de abril en el Stadio Olimpico di Roma. La ida de la final de la Coppa Italia ante la Lazio dirigida por Sven-Göran Eriksson. Al inicio del segundo tiempo, el cuadro local se puso arriba 2-1 con gol de Diego Simeone. Marcello Lippi, DT interista, dejó pasar cinco minutos y, al no percibir reacción de sus jugadores, decidió recurrir a su mayor arma. Al asomar Ronaldo por la banca para calentar, brotó un **crescendo** digno de la más poderosa ópera presentada en las Termas de Caracalla, siete kilómetros al sur de esa cancha.

Il fenómeno, Il fenomeno, il fenomeno ce lo abbiamo noi!

(¡El fenómeno, el fenómeno, el fenómeno lo tenemos nosotros!). De otro lado del campo se escuchó más conciso, **Ronaaaldo!, Ronaaaaldo!, Ronaaaaldo!**

El brasileño apuntaba la cabeza hacia el cielo y cerraba los ojos esperando que el rumano Adrian Mutu, a quien relevaría, se desplazara hacia fuera. Corría el minuto 13 con 20 segundos de esa segunda mitad. Todas las cámaras del estadio corrieron a ese punto central para adquirir instantáneas de la reaparición y, más veloz que el ingreso de Ronaldo

persignándose tres veces ahora viendo al pasto, los mismos fotógrafos aceleraron hacia la portería norte ilusionados por tener la imagen del crack anotando en su regreso. Los rivales lo veían con estupor, como si la bestia que llevaba un rato dormida volviera a amenazar. Antes de reanudarse el juego, el Inter efectuó su última modificación, salía Roberto Baggio. Ingresaba Iván Zamorano con su peculiar número 1+8 (en realidad era el 18, pero añadió ese símbolo de adición en el verano de 1998 al ceder el número 9 a Ronaldo; según algunos, por presiones de los patrocinadores; según él mismo, quitando hierro al asunto, para alegrar a su compañero por el trauma del reciente Mundial).

El brasileño incursionó con intensidad. Picó un par de veces sin que le pasaran. Recibió un balón por la banda izquierda mostrando algo de potencia. Otra vez desbordó, ahora el portugués Fernando Couto, su excompañero en el Barcelona, le cometió una dura falta al tobillo derecho, ganándose tarjeta amarilla.

Siguiente acción. Lleva menos de seis minutos en la cancha. Balón al aire. Zamorano se eleva y gana, encontrando a Ronaldo. Recibe con el pecho a unos doce metros del área. Un toque de derecha. Otro. Y otro más.

Uno de zurda. Los defensores lo marcan a distancia, saben que acercarse es un suicidio. Una bicicleta. Crece el alarido. Su rodilla realiza un movimiento imposible, como si quisiera escapar de esa extremidad. Cae. Antes de que se sostenga la pierna, los zagueros rivales alzan la mano hacia el exterior. Piden atención médica. Simeone se agacha a escucharlo, ahora ya gritando el astro, y se levanta despavorido exigiendo ayuda urgente. Ronaldo apenas se mueve recostado hacia ese lado derecho. Se aprieta la rodilla. Lloro. Cada jugador, sin importar sus colores, luce más afectado que el otro. Panucci, interista, se sostiene la cabeza. Mihajlovic, de la Lazio, niega hacia el horizonte. Seedorf no contiene las lágrimas. El veterano Mancini agarra apasionado al árbitro como si buscara una respuesta, como si maldijera a esa rodilla. Lo suben al carrito. Zanetti, Zamorano, Seedorf, Nedved, ya lo mismo da para dónde tiren, peregrinan para darle un beso y decirle algo que, claramente, Ronaldo, manos pegadas a los ojos, no oye. Los paramédicos lucen pálidos, lo acarician.

La primera declaración de Filé, ese hombre que trabajó con el delantero para recuperarlo de su primera fractura, es desoladora:

“La rótula explotó. Es la peor lesión que el fútbol haya visto. La rótula se movió hacia el muslo”. Se habla de displasia troclear, inestabilidad entre rodilla y fémur.

De nuevo a París para ser intervenido. Ronaldo se desgaña en el hospital antes de ser anestesiado. Su aullido mezcla el dolor físico con el interno. Filé le ruega que no mire hacia la rodilla. Teme que vea un volumen de hinchazón que incluso a él lo espanta, que cuente los cuatro conductos drenando sangre. Ronaldo le dice en un sollozo, “dime la verdad, no me mientas, dime si podré volver a jugar”. Imposible contestarle.

El todopoderoso que corría los cien metros en 10.2 segundos driblando al mundo, no ha podido driblar al destino. Hoy es sólo un niño de 23 años, lejos de casa en Bento Ribeiro, rogando por no despedirse de su pasión.

Las rehabilitaciones serían de hasta diez horas diarias. Las semanas se harían meses y los meses acumularían hasta 17 en total. Ya nadie contaba con él para el fútbol de élite. La selección brasileña se clasificaba al Mundial 2002 con otros elementos, cómo pensar a mediados de 2001 en ese muchacho que desde noviembre de 1999 había jugado seis escasos minutos.

Reapareció en agosto de 2001 con movimientos tiesos, recatado. Lo dosificaron al máximo. Jugaba lapsos cortos. Así llegó a diciembre, sorteado ya los grupos para el Mundial del siguiente verano. Anotó

dos veces, tomando confianza, y entonces sucedió lo que se temía: lesión muscular en el tendón de la rodilla derecha en un duelo ante el Piacenza. Fuera otros tres meses. En febrero de 2002, Filé convenció a los dirigentes del Inter que permitieran a su protegido ser rehabilitado unas semanas en Brasil. Aceptaron. Ahí realizaba tres sesiones por día. Aprovechando la estadia en Rio, el seleccionador brasileño Luiz Felipe Scolari lo convocó en marzo para integrarlo al grupo. Los medios lo criticaron con ferocidad por hacerlo.

El 13 de abril, de vuelta en Italia, partió como titular en un compromiso de liga contra Brescia. Lucía distinto. Más pesado que antaño, menos ágil, la explosividad ya para pocos metros y no tramos largos... igual de depredador ante la portería rival. En los minutos finales perdían 1-0, lo que representaba despedirse del título. Ronaldo recibió un balón, eludió al arquero, anotó y gritó con rabia. Segundos después, otra pelota, ahora al borde del área. Derechazo para ponerla adentro. 2-1. Un poco de humor negro, cojeó al correr en la celebración.

Pese a sumar goles en sus siguientes dos partidos, las dudas sobre el Mundial seguían sobrevolando. Scolari, como sea, se aferraba a él.

Su tercer Mundial. Debut frente a Turquía en Ulsan. Gol y sustitución. Tocaba China en Seogwipo. Gol de nuevo y reemplazo. Ante Costa Rica anotó doblete, pero ya no salió del campo. Octavos de final con Bélgica, gol, que repitió en semifinal.

La jornada previa a la final se propagó el rumor de que estaba lesionado. La concentración brasileña era un fortín. Por el elevador del hotel se veía la piscina, donde Ronaldo hacía hidroterapia. ¿Obedecía a un problema físico o era mera rutina? Scolari insistía que informaría si hubiese algo que informar.

30 de junio de 2002. Se leyó el nombre de Ronaldo en la alineación. Saltó a la cancha rapado salvo por un raro mechón al frente. Más tarde detallaría:

“Todos hablaban de mis lesiones. Estaba harto, fastidiado. Por eso me corté el cabello así. Pedí a mis compañeros su opinión y cuando me dijeron que estaba horrible, pensé que funcionaría. De inmediato, la prensa se olvidó de mis lesiones. Ya sólo hablaban de mi pelo. Me podía relajar”.

Con ese look anotaría dos veces al alemán Oliver Kahn, daría a Brasil el pentacampeonato y **se convertiría en el primer artillero en 42 años en marcar ocho tantos en un Mundial.**

De París a Yokohama cuatro años y toda una vía dolorosa. El Cristo de Corcovado reía con el muchacho que lo emuló gritando goles.

PRELUDIO AL MINEIRAZO



BRASIL 2014



Por más de medio siglo, cada generación de brasileños se ha apurado para señalar al heredero al trono que desde 1958 pertenece a Pelé.

Ansiosa prisa que a menudo derivó en elegir a personajes que, ni remotamente, se acercaron a esa dimensión. No obstante, superada la primera década del nuevo milenio, nadie dudaba que en esa cadena de cracks **verdeamarelas**, el eslabón que relevaría a Ronaldo, Kaká, Rivaldo, Ronaldinho, sería un niño llamado **Neymar Junior**.

Tanto que, con 17 años, dividió a la opinión pública brasileña entre quienes presionaban al seleccionador Dunga por llevarlo al Mundial 2010 y quienes insistían en que aún no era momento (Pelé y Romario encabezaron al primer grupo, indignados al conocer su ausencia de la lista final).

Sólo terminar el certamen en Sudáfrica no sólo con eliminación del **Scratch** en cuartos de final, sino con un fútbol mecanizado tan ajeno al **jogo bonito**, el nuevo DT nacional, Mano Meneses, convocó a Neymar y el adolescente debutó anotando. Condición de heredero natural de esa casaca número 10 que reforzaría guiando al club Santos (precisamente el que tiene como bandera histórica a Pelé y que entrena en las instalaciones **O Rei Pelé**) al título de copa brasileña en 2010 y de copa Libertadores en 2011. Para ese momento, el frenesí por Neymar ya era global. El Real Madrid realizó gestiones para adquirirlo y dio por hecho que ya lo tenía atado... sólo para descubrir que, tras bambalinas, el Barcelona se lo había ganado. Fichaje opaco, cargado de comisiones y lagunas, que llegaría a los tribunales y acabaría con el presidente barcelonista, Sandro Rosell, en prisión.

Y es que por mucho que el muchacho brillaba en la cancha, su entorno nunca dejó de generar preocupación.

Desde las exigencias económicas y escándalos del padre de Neymar, aclamado en Brasil como **O pai de crack** (literal, "el padre del crack"), hasta el grupo de amigos que se mudó a Europa para acompañarlo, camarilla de seis muchachos conocida como los **Toiss**.

Su temporada debut en España fue positiva, pero a mediados de abril de 2014, a dos meses del Mundial del que sería anfitrión, Brasil amanecía en pánico: Neymar se lesionaba el cuarto metatarsiano en la final de la Copa del Rey. Por mucho que la baja estimada en cuatro semanas le permitiera llegar en forma al torneo, por primera vez su representativo nacional despertó a la cruel realidad de no saber cómo reemplazarlo, de carecer de plan B.

Eso explicaba que, al inicio de la concentración premundialista de los brasileños en las instalaciones de Teresópolis, una caída de Neymar por dolor de tobillo derecho llevara al entrenador Luiz Felipe Scolari a gritar despavorido: "¡Cuidado con las lesiones! ¡Por el amor de Dios!", mientras se limpiaba el sudor de la frente respirando al percibir que no existía nada que lamentar.

Brasil superaría la fase preliminar de la Copa del Mundo sostenido en buena medida por la inventiva de ese muchacho que totalizó cuatro goles en tres partidos. En octavos de final seguiría con su rol definitivo, anotador del penal que clasificó a Brasil a la siguiente ronda tras una fatídica serie ante Chile, aunque ese día, asomado el equipo local al abismo, se notó su fragilidad no sólo futbolística, sino mental. En plena tanda, Thiago Silva, el capitán, lloraba alejado de sus compañeros evidenciando que la enorme presión de jugar en casa no estaba logrando ser cargada por ese conjunto (por mucho que el calendario decidiera exentarlo de jugar en Maracanã y de los fantasmas de 1950, hasta una eventual final).

Y entonces llegó el 4 de julio de 2014 en el estadio Castelao de Fortaleza. Cuartos de final contra la Colombia que contaba con el futbolista más desequilibrante del certamen hasta ese momento, James Rodríguez. A falta de un par de minutos para el final, en el marcador se leía 2-1 para Brasil. El cuadro cafetalero empujaba por el empate y en las gradas se miraba al cronómetro con urgencia de agotarlo. Un rechace en el área brasileña iba a caer directo al pecho de Neymar cuando desde atrás saltó el colombiano Juan Camilo Zúñiga arremetiendo con las rodillas en dirección a la espalda baja del crack. Neymar cayó descompuesto y de inmediato se llevó la mano izquierda a las lumbares. El lateral Marcelo corrió a verlo y gritó hacia fuera pidiendo la entrada de las asistencias, aunque, incluso llorando por el dolor, Ney le decía que no hiciera eso, que deseaba seguir, que quedaban unos minutos para asegurar el boleto a semifinales, que no podía salir.

Al intentar ponerse boca arriba se dio cuenta de que no podía levantar las piernas, que no las conseguía mover. Afuera, el mediocampista Henrique aceleró movimientos de calentamiento a fin de relevarlo. Neymar era subido a una camilla con sumo cuidado y desplazado a la sala médica del estadio para una primera exploración. Las impresiones iniciales del Dr. Rodrigo Lasmar y del Dr. José Luis Runco no fueron del todo halagadoras. En ese instante, lo menos relevante era pensar en el fútbol. Temían riesgos de mayor magnitud.

Lo trasladaron de emergencia al Hospital Sao Carlos de Fortaleza cuyos alrededores pronto se transformaron en un manicomio. Cientos de aficionados se agolpaban cantando en un afán de hacer llegar su clamor a los oídos del jugador. Una enfermera sería despedida por grabar al astro en camilla y subirlo a sus redes.

Le realizaron una resonancia magnética. Transcurrieron horas de alta tensión. Los médicos le comunicaron que le tenían una noticia buena y una mala.

La mala, que su Mundial se había acabado, que no existía manera de que siguiera en el torneo.

La buena, que volvería a caminar. Con las palabras más digeribles posibles le señalaron en la imagen la fractura en su tercera lumbar y le hicieron comprender que si el rodillazo hubiese sido dos centímetros a un costado, no sólo el fútbol habría terminado. Enfatizaron la bendición que representaba la ausencia de daño neurológico o permanente.

Un helicóptero lo desplazó a las instalaciones de una selección que se encaminaba sin él al duelo semifinal en Belo Horizonte frente a Alemania.

Se despidió de sus compañeros y les deseó suerte. Desde casa, sentado en una silla de ruedas, observaría cómo en el himno nacional sus compañeros Julio César y David Luiz sostenían su uniforme rindiéndole tributo en el estadio Mineirao. Ahí mismo sería testigo de la hecatombe. Los germanos tomaron ventaja al minuto 11 y, cual tsunami, los seis minutos más fatídicos que el fútbol haya visto: del 23 al 29, cuatro goles teutones más, al cierre 7-1. **Humillación total. El Mineirazo.** Las lágrimas de Neymar por no estar ahí, las de sus padres por verlo sufrir, las de sus vapuleados compañeros después también goleador en el duelo por el tercer sitio.



En efecto, Brasil carecía de plan B sin Neymar. Los acasos se desbordaban: si Felipao hubiese convocado a Ronaldinho que recuperaba gran nivel con Atlético Mineiro, si a Kaká que de nuevo lucía brillante en el AC Milan, si al joven Philippe Coutinho que destacaba en el Liverpool. Por vueltas que se le diera, la realidad era una: que el Scratch logró caer en casa incluso con mayor estrépito que en 1950... y eso era mucho decir.

En cuanto a Neymar no fue necesaria una cirugía, pero sí inmovilización, fuertes medicamentos para el dolor y terapia.

Al involucrarse más especialistas, concluyeron que Ney tenía un defecto estructural en la columna que se había agravado por el impacto de Zúñiga.

Según aclararon, la fractura no presentaba las características de una lesión reciente, mostrando hueso consolidado en las superficies de la zona dañada. Detectaron espondilosis o un defecto en la porción anular de la vértebra. Eso hizo que el pronóstico de recuperación fuera muy diferente (y más veloz) respecto al de alguien que no presentara problemática previa.

Reaparecería mes y medio después con el Barcelona, abriendo la mejor etapa de su carrera. Eso le valdría ser en 2017 el futbolista más caro de la historia al pagar el Paris Saint-Germain 222 millones de euros por él. En cuanto al Mundial, el que fuera considerado heredero al trono de Pelé, el que soñara con conquistar el hexacampeonato brasileño, se quedaría de nuevo en la orilla en Rusia 2018 y Qatar 2022. **Tras ese último intento comenzaría un ciclo muy complicado ahora de lesiones de rodilla.**

RAÚL EL RENACIDO



QATAR 2022



Raúl recuerda con perfección el traslado de ese 29 de noviembre de 2020 en tren de alta velocidad desde Wolverhampton, en las West Midlands inglesas, hasta el norte de Londres.

Se disputaría la jornada 10 de una Premier League distinta. Había comenzado con un mes de demora luego de que la temporada precedente estuviera pausada por cien días a causa de la pandemia de Covid 19. Último fin de semana en el que se prohibió por completo el acceso de aficionados a las gradas (unos días después ya se autorizaría el acceso de 2 mil personas separadas por una buena cantidad de butacas y siempre portando cubrebocas), no hubo tráfico para desplazarse al partido.

Los Wolves llegaban en el puesto nueve de la tabla tras un inicio de torneo en la prometedora línea del certamen anterior, metiéndose a plazas europeas. Promesa que también mantenía encendida el delantero mexicano **Raúl Alonso Jiménez** anotando cuatro goles en las primeras nueve fechas, muy acorde con su campaña 2019-2020 en la que totalizó 27 goles y 10 asistencias, siendo elegido futbolista del año tanto por los aficionados del club como por sus compañeros. Eso le había valido firmar un par de meses antes una extensión de contrato de cuatro años, justo cuando los gigantes de la Premier League se interesaban por ficharlo.

Raúl había encontrado en Wolverhampton su sitio para brillar luego de una difícil temporada en el Atlético de Madrid (2014-15) y tres en un Benfica para el que respondió siempre que lo utilizaron (2015 a 2018), pero en el que nunca recibió la titularidad indiscutible. Periodo que coincidió con dos Copas del Mundo en las que el Tri lo utilizaría muy poco.

Tras ser oro olímpico en 2012, fue a Brasil 2014 con 23 años, habiendo anotado un golazo de chilena de último minuto sin el que la selección mexicana no se habría clasificado. Como sea, en el torneo apenas disputó seis minutos.

Entonces vino Rusia 2018, ya con una edad de mayor plenitud y amplia experiencia europea, mas apenas pasó de 60 minutos divididos entre dos cotejos.

Nadie dudaba que Qatar 2022 sería su momento. No sólo por la forma en que lo ratificaba a cada actuación con los Wolves, donde se le aclamaba con cantos como el

Sí Señor, pass the ball to Raúl and he will score!

También por el nuevo rol que había asumido en la selección, con mayor responsabilidad, mostrándose alto en confianza, pidiendo la pelota, resolviendo para el Tri como en la Copa Oro 2019 en la que fue elegido Balón de Oro. Inercia que continuó al reanudarse la actividad de selecciones tras la pandemia: tres goles en cuatro compromisos, el último de ellos un golazo a Japón el 17 de noviembre... doce días antes de ese tren de alta velocidad con el que se desplazaba desde Wolverhampton hasta Londres.

Raúl no sólo recuerda con claridad los momentos en el vagón. También la llegada en autobús con sus compañeros al Emirates Stadium, casa del Arsenal, aún de día.

La entrada por los túneles, el momento en el que dejó sus pertenencias, la salida a la cancha para pisarla y reconocerla cuando ya había anochecido, el regreso a los vestuarios... **y entonces un apagón. La nada.**

Lo siguiente fue despertar del todo confundido en la cama de un hospital londinense, preguntándose qué hacía internado y por qué tantos dispositivos se aferraban a su cuerpo. Con palabras lentas, unos desconocidos le hablaron de una lesión. Haciendo fuerza en las piernas, Jiménez se aseguró de que no le dolía nada, insistió en que estaba listo para enfrentar al Arsenal. Le replicaron con paciencia que ese juego ya había terminado... y que vendría una larguísima etapa de rehabilitación antes de poder regresar a jugar. Pero que, primero, vendría una delicada cirugía.

Esperaron a verlo más despierto para, ahora sí, explicarle que había sufrido una fractura de cráneo con hemorragia interna, clamaban sonriendo que era un milagro que estuviera vivo. Raúl negaba, desconfiaba de ellos. Parecía como si las palabras en inglés fueran en un idioma del todo ajeno y no del país en el que llevaba radicando más de dos años.

Le quisieron simplificar puntualizando que sufrió un fuerte impacto en la cabeza al pelear un balón aéreo.

A Raúl no le bastó para creerles, ¿qué clase de broma le hacían?

Más lúcido, insistió en que le mostraran imágenes, necesitaba verlo. Una toma. Otra. Otra más. El muchacho que solía sufrir observando lesiones de rodilla o tobillo de cualquier colega, pedía todos los ángulos de esa acción como si necesitara convencerse de que era él mismo y no de un actor personificándolo como doble en una película de acción.

Tardó en comprender que la lesión se dio cuando apenas se disputaba el minuto 5 de ese duelo de jornada 10. El Arsenal tenía a su favor un tiro de esquina desde la derecha que cobró Willian. El defensa David Luiz subió a rematar y él bajó para apoyar en labores defensivas. Los dos se elevaron viendo en dirección al balón. El mexicano llegó primero para rechazar, pero su cabeza impactó de lleno con la del brasileño.

Se escuchó un estruendo en el estadio, tétricamente audible debido a la ausencia de aficionados.

El sonido de dos cráneos chocando como coches. A esa resonancia siguieron los gritos de diversos jugadores pidiendo auxilio médico. Los dos cayeron descompuestos y recargados en posición fetal sobre su costado izquierdo como si se hubiesen coordinado. Raúl con los brazos formando una equis que cubría su rostro, David apoyando la cabeza sobre el césped. Miedo desbordado cuando David Podence, capitán de los Wolves, tocó la espalda a Jiménez indagando cómo se encontraba y no sólo no recibió respuesta, sino que se dio cuenta de que el cuerpo del goleador se movía sin control, tanto que al mínimo tacto quedó boca arriba. No hacía falta ser experto para asumir que yacía inconsciente. Un pequeño hilo de sangre escapaba de su nariz.

Algún jugador gritó: **Leave him, Leave him!** ("¡Suéltlenlo, suéltlenlo!"), preocupado porque cualquier movimiento supusiera un peligro. En las bancas se escucharon gritos de **Code Red! Code Red!** (Código rojo) encendiendo el protocolo de máxima emergencia en la Premier League, mientras el DT del Wolverhampton, Nuno Espírito Santo, trataba de asimilar la magnitud de lo que sucedía.



El Dr. Matt Perry atendía a Raúl, apoyado por paramédicos del estadio y ahora también por el cuerpo médico del Arsenal, toda vez que David Luiz ya estaba de pie... mareado y sangrando, pero de pie. El diagnóstico de fractura de cráneo comenzó a barajarse. El miedo era la consecuencia que pudiera existir.

Los minutos se hacían eternos y más para la familia Jiménez observando por televisor en México. Desde su casa en Wolverhampton, su esposa Daniela sólo deseaba verlo moverse para sacar de su mente la horripilante idea de que su pareja había fallecido.

Ollie Leaper, fisioterapeuta de los Wolves especializado en lesiones de cráneo, dictó órdenes para inmovilizarlo con la técnica MILS (**Manual In-Line Stabilization**) consistente en mantener fija la zona cervical. Le colocaron oxígeno rodeados por futbolistas que buscaban en vano respuestas, alguno rogaba le dijeran que Raúl no estaba muerto, otros temían no volver a ver con vida a su amigo, David Luiz que no se atrevía a dirigir la mirada hacia el crack herido.

El espléndido y muy puntual trabajo realizado por ese grupo de profesionales médicos salvaría la vida al delantero.

Diez minutos después del choque, Raúl salía de la cancha recostado en una camilla amarrado con un cinturón horizontal a la altura del estómago y otro vertical de pies a cabeza.

No hizo falta discutir a qué hospital transportarlo, dado que la Premier League tiene estipulado desde antes de cada encuentro a qué centro de atención de neurocirugía se llevaría eventualmente a un jugador en urgencia de ese tipo de atención. Ya incluso se conoce el tiempo de viaje en ambulancia, trayecto muy pequeño en el que el Dr. Perry, como si no tuviera suficiente con lo que lidiar, no se olvidó de llamar a Daniela para darle el primer parte médico y conminarla a moverse desde Wolverhampton al hospital. **Le indicó que todo apuntaba a una cirugía de emergencia.**

Tras el angustioso recorrido desde su casa hasta Londres, Daniela llegó al hospital cargando a su hija recién nacida, todavía antes de que la operación empezara. Le hablaron de que la hemorragia interna apretaba al cerebro y por ese motivo no había tiempo que perder. Pudo ver a Raúl un instante, para colmo entre mascarillas por cuestiones del Covid.

La cirugía terminó hasta bien amanecido el lunes. Raúl despertó. Entonces Daniela pudo hablar con él y aclararle varias veces la misma duda, porque el delantero olvidaba constantemente lo escuchado y de nuevo pedía que le aclararan.

¿Se pegó? ¿La cabeza? ¿Fractura? ¿Un salto? ¿El tiro de esquina? ¿Ambulancia? ¿Milagro?

Lo único relevante era que estaba vivo. Ya habría tiempo para pensar en fútbol, aunque el futbolista insistía que volvería a jugar a diferencia de los médicos que abrigaban dudas.

Tardó cinco días en dejar el hospital. Llegó a casa de donde no saldría por un par de semanas. Perdía el equilibrio al caminar minúsculos trechos.

Martha, su mamá, aterrizada de México, le ponía actividades para devolver destreza y precisión. Lo hacía leer, lo ponía a coser algunas puntadas, sin claudicar ante su descoordinación. Raúl, su papá, le recordaba sus comienzos en Tepeji del Río, las frías mañanas jugando en una canchita llamada Wembley, como ese estadio inglés en el que ganó el oro olímpico; rememoraban esa visita a Madrid, posible porque su padre era sobrecargo de aviación, y lo que dijo el niño Raúl al contemplar la Bota de Oro de Hugo Sánchez en el museo del Bernabéu: yo seré el goleador de México cuando crezca.

Al inicio en las terapias mostraba falta de control sobre sus pies. Sin decirlo, muchos pensaban que cómo iba a volver a jugar fútbol profesional.

Antes del cambio de año, a un mes de la cirugía, acudió al Sir Jack Hayward Training Ground, campo de entrenamiento del club, a saludar a sus compañeros. Lo recibieron entre aplausos, incluso hubo lágrimas. Varios jugadores, que habían recurrido a atención psicológica a fin de superar el trauma de ese episodio, analizaban su caminar para detectar su verdadero estado.

Para marzo de 2021, a cuatro meses de haberse lesionado, volvería a entrenar con ellos en un interescuadras muy peculiar: Nuno Espírito Santo advirtió a sus dirigidos que no podían tocarlo, así que Raúl, acelerando sin oposición a puerta rival, se reía sintiéndose el mejor futbolista del planeta. Continuaba realizando por su padre terapias para recobrar motricidad, resistencia, fuerza, hasta que intervino en sesiones de tenis-balón envuelto en un casco que provocaba bromas.

En mayo, llegadas las jornadas finales del campeonato, desesperó al enterarse de que aún no reaparecería, los neurólogos argumentaban que su cráneo aún no sanaba. Como medida adicional, los Wolves le limitaban la cantidad de remates de cabeza por entrenamiento.

El 14 de agosto, ocho meses después, Raúl Alonso Jiménez era titular en la primera jornada del nuevo campeonato. Portaba una protección en el cráneo y todavía entraba con cierto temor a las jugadas aéreas. Confesaba que sentía algo distinto al tocarse la zona operada, menor sensibilidad.

Volvió a la selección y se mentalizó para el Mundial a disputarse al cabo de 15 meses en Qatar, aunque su ritmo distaba de ser el idóneo. Por ello colocó tanto énfasis a la pretemporada del verano de 2022.

Todo iba espectacular hasta que sintió molestias en la ingle y el aductor.

No quiso darles relevancia, pero cada día incrementaba el malestar. Un jarro de agua fría: ahora pubalgia.

Los dolores no cedían ya fuera entrenando o inclusive durmiendo al cambiar de posición. Se apeló a un tratamiento conservador pensando en que no se perdiera el Mundial. Así viajó a Qatar, pensando que ya estaba curado, aunque resultaba evidente que carecía de ritmo. Pasaría de modo testimonial por su tercer intento mundialista. Otra vez escasos minutos. Apenas jugó.

Pocos creían ya en él. Se atrevían a decirle exfutbolista. Para colmo, en 2023 fue operado de pubalgia... y fue la mejor decisión. El Fulham apostó por un jugador sin confianza y que no pasaba de los 13 goles en las tres temporadas anteriores. Jiménez respondió trabajando con todo por volver a la cumbre. **Para sorpresa de masas, lo logró.**

Como él mismo admitiría, pensó que acompañaría a la selección mexicana rumbo al Mundial 2026 aportando apenas liderazgo y experiencia. Lejos de eso, se convirtió de camino al certamen en la estrella máxima del Tricolor.

Contra todo, Raúl el renacido lo logró.

DESTINO 2026

El trayecto de casi cien años que juntos hemos recorrido podría llevar a algunos al lamento o miedo, tantos futbolistas padeciendo y perdiéndose el torneo que más anhelaron, aunque también debe instaurarnos en cierto grado de optimismo: **la ciencia, el desarrollo de la medicina deportiva, la evolución, el conocimiento al que han llegado los expertos en el cuerpo y cómo tratar sus padecimientos.**

De igual manera, debe generar consciencia. Las lesiones en el deporte competitivo datan desde que el deporte competitivo existe, no nos vamos a engañar, eso ya se ve en el Mundial de 1930 como se veía muchos siglos antes en los Juegos de la antigua Olimpia. Sin embargo, la sobrecarga de partidos, calendario hipersaturado que con el reciente invento del gran Mundial de Clubes puede empujar a algunos futbolistas a participar en hasta 75 cotejos por año, no sólo multiplica los riesgos de lesión y obliga a acelerar procesos de rehabilitación, sino que, además, completa un círculo vicioso: menores tiempos de descanso, menor margen para realizar una pretemporada adecuada con ciclos en todo sentido (aeróbicos, de resistencia, de fuerza), menor protección en general.

En estas páginas hemos constatado que el lamento de perderse un Mundial o no poder continuar jugando el mismo viene desde el origen. No obstante, la cantidad de bajas que se van acumulando conforme se acerca el torneo de este 2026 no hacen más que reafirmar la idea de que se está abusando de las piernas de los artífices de este deporte, que la gallina de los huevos de oro luce exhausta.

Muchos dirán que con lo que cobran las estrellas deben estar dispuestas a jugar así de seguido o incluso más. La respuesta tiene que ser que, por mucho que a algunos elegidos se les paguen decenas de millones de dólares por temporada, las piernas dan lo que dan. Y lo que tiende a arruinarse con este exceso de partidos es el espectáculo.

Las lesiones no van a desaparecer por jugar menos, **aunque sí incrementan jugando tantísimo más.**

En estos textos nos hemos aventurado, como pocas veces se ha hecho, a su historia y evolución. Desde **Pancho Varallo** dudando del diagnóstico en 1930 del doctor por ser uruguayo (para colmo, hijo del presidente), hasta el milagro de tener hoy a **Raúl Alonso Jiménez** no sólo jugando a máximo nivel, sino en plenitud.

Un viaje distinto por las Copas del Mundo. Que sirva para aquilatar la labor de los médicos. Que permita valorar el imprescindible esfuerzo y conocimiento de esos actores secundarios del fútbol. **Que nos haga aprender más sobre cómo cuidar esas rodillas, tobillos, músculos, y disminuir, en la medida de lo posible, los riesgos.**

THE PAINHEALERS



Dolo-Neurobión®

Dolo-Neurobión® Retard

Dexabión® 

Gavindo® N

Para uso exclusivo del Profesional de la Salud. Las ilustraciones contenidas en este material son representaciones artísticas originales elaboradas por Asterisco Healthcare Communications con fines exclusivamente ilustrativos y educativos. Aunque están inspiradas en hechos reales, no pretenden reproducir fielmente la imagen, apariencia o señas distintivas de personas, equipos, organizaciones o evento alguno, ni implican afiliación, patrocinio, autorización o aprobación por parte de terceros. Aviso de Publicidad No: XXXXXXXXXXXX, Dolo-Neurobión® Forte Reg. No. 85069 SSA IV, Dolo-Neurobión® DC Reg. No. 022M2012 SSA IV, Dolo-Neurobión® Retard Reg. No. 273M2005 SSA IV, Dexabión® Reg. No. 89399 SSA IV, Gavindo® N Reg. No. 165M2018 SSA, PromoMats No. MAT-MX-DOLON-XX-XXXXXX.